

FRONTAURA

COSAS

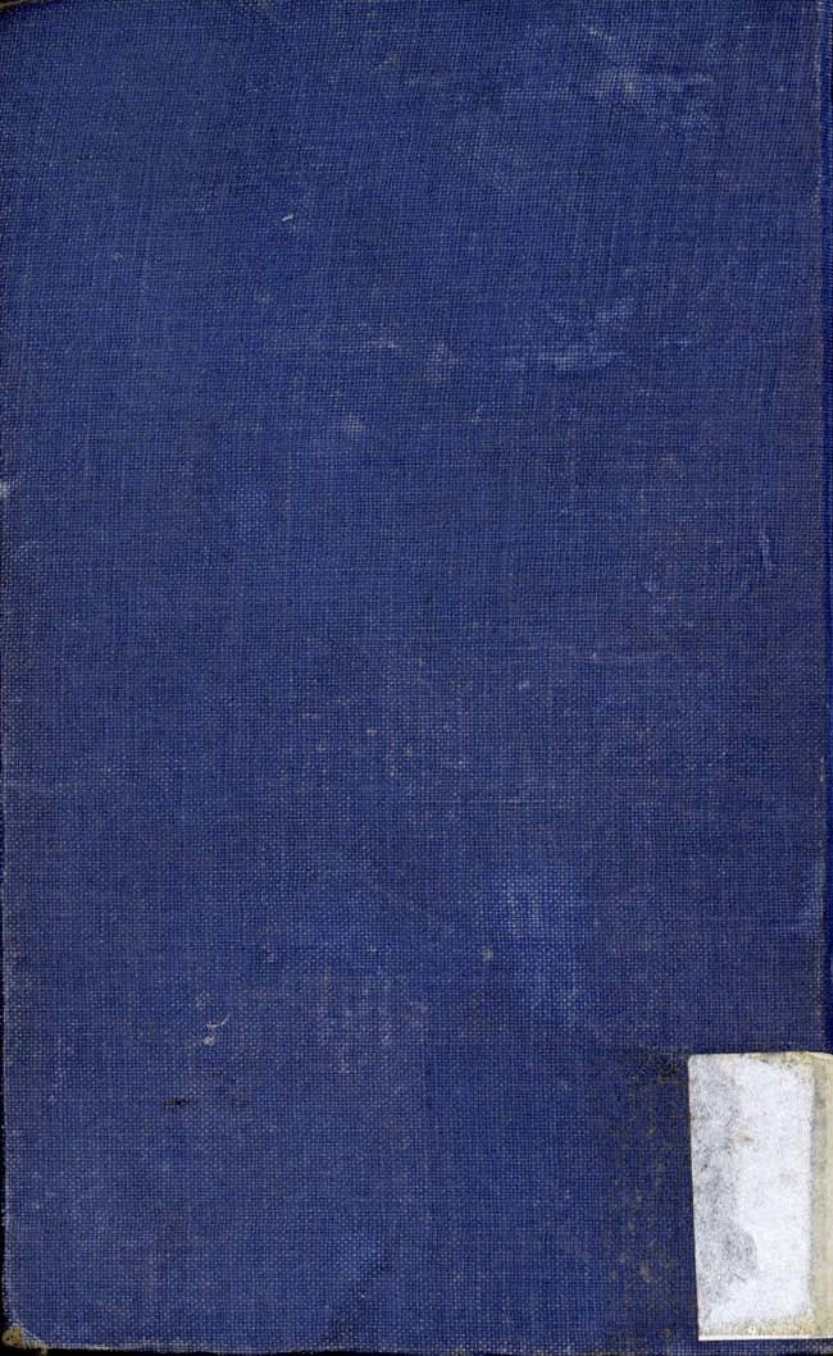
DE MADRID

B.R. Madrid

FONDO ANTIGUO

A-776

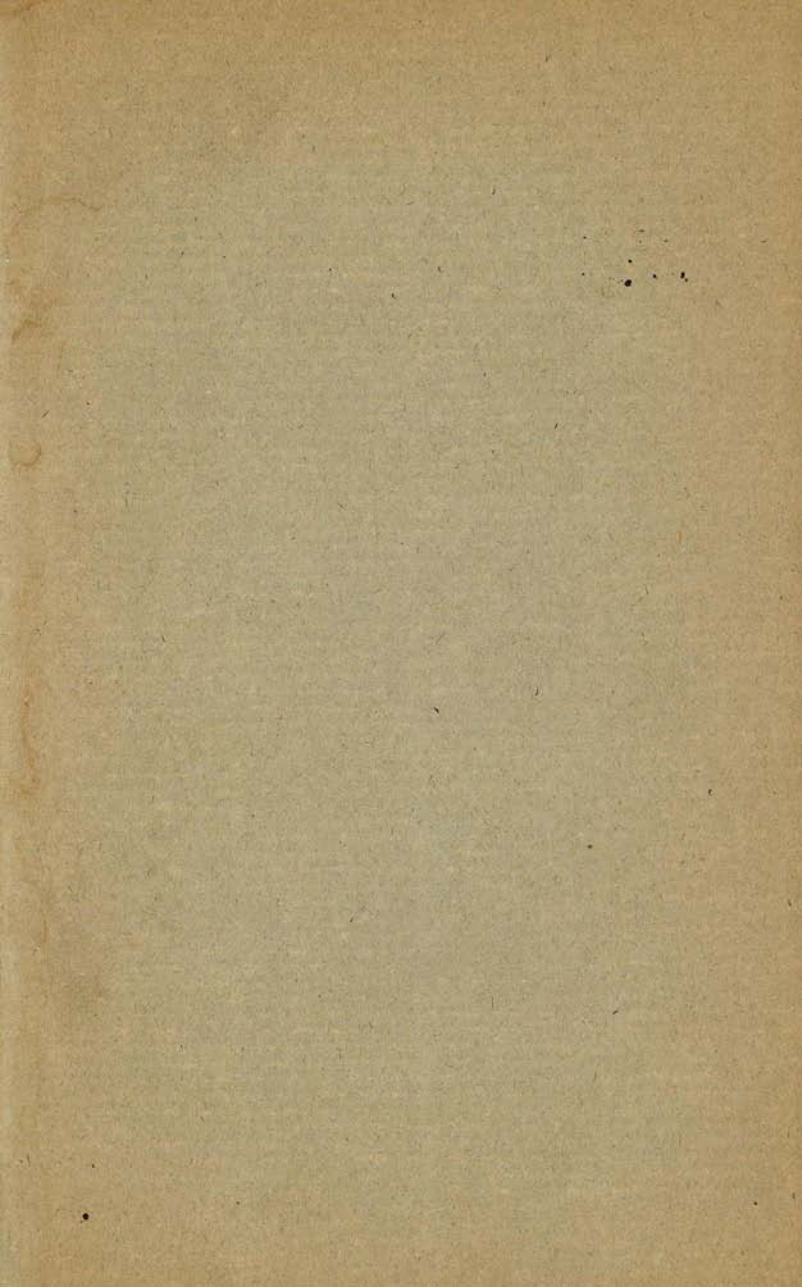
Bib. Regional



Diputación
Provincial

Biblioteca

Reg. 7724
Vols. *P. com. R.*
Sig. *Mad. 324*



Palau m

95156

OBRAS

DE

D. CÁRLOS FRONTAURA

2.^a SÉRIE.



A-776

COBAS
OBRAS

MARCO J. CARLOS FRONZONI

1912

7

R. 7724

CÁRLOS FRONTAURA

COSAS

DE

MADRID

Margarita Alexandre



MADRID.—1868

ADMINISTRACION DE EL CASCABEL

HILERAS, 4, BAJO

CARLOS FRONTAURA

COSAS

Es propiedad del autor.



Imprenta del autor, á cargo de Ramon Bernardino, Hileras, 4.

COSAS DE MADRID

LA FONDA.

Establecer una fonda es un buen negocio.

Yo tengo la idea fija de que he de ser rico algún día.

Y esto ya es tener algo: muchos hay que tienen todo género de ideas, ménos la que á mí me alienta, consuela y engrandece constantemente.

Pero no quiero ser rico para gastar y triunfar, y derrochar mi dinero en breve espacio, nó, señor, quiero ser rico para serlo mucho más; es decir, que pretendo emprender alguna especulacion lucrativa, prefiriendo este medio de acrecentar mi fortuna al de imponer mi capital en la Caja de Depósitos ó en alguna de las mil sociedades, que llenas de millones en car... teles, ofrecen á la codicia de todo pobrete que tiene guardados cuatro cuartos fabulosas ganancias.

He consultado á varios amigos míos, y cada uno me ha expuesto franca y lealmente su parecer.

—Haz un periódico político, me ha dicho uno, y cuenta conmigo.

—Ya te entiendo, he dicho para mi ehaleco; lo que tú quieres es que yo pague el periódico, y tú mangonear, y darte importancia, y sacar el partido posible del periódico, y hacerte diputado, y tomar lo que venga.—Muchas gracias; cuando yo tenga dinero me importará un rábano que gobiernen don Roque ó don Judas, y no iré á gastármelo por el singular placer de que mi director y redactores le digan cuatro desvergüenzas á un ministro, ó le echen cuatro piropos á otro, tan merecidos éstos probablemente como aquellas.

—Hombre, fundaremos una sociedad de crédito, me ha dicho otro.

—¡Guarda, Pablo! he dicho, aunque no me llamo Pablo; este no tiene un cuarto, y entre uno que tiene y otro que no tiene, no es dudoso asegurar quién será el que se exponga á perder.

—Hazte empresario, me ha dicho otro que ha sido galan, y barba, y apuntador, y ahora es autor de las obras que escriben otros, y él traduce palabra por palabra, y consultando el Diccionario para conocer el significado de cada una.

—¡Vade retro! he dicho yo; buena estaría mi empresa mientras tú fueras mi amigo, que lo serías impertérito, pegajoso, abrumador, y me harías el amor á todas las actrices, y me espantarías á las mamás y á los maridos de tan apreciables señoras, y desmoraliza-

rias mi compañía haciéndola revolucionaria y exigente, y me llevarias de balde al teatro al sastre, que no le pagas, al zapatero, que no te cobra, á la patrona, que te supe, y á la inmensa escuadra de tus ingleses, y á las modistas que conoces, y á tus vecinas, y á todo el mundo,—que siempre has sido tú muy generoso con el dinero ajeno;—y por último, escribirias comedias, y me obligarias á representarlas, y me es-pantarias al público, y me harias tronar como arpa vieja

—Pon una tienda de comestibles, me ha dicho otro, hombre materialista por todos cuatro costados, y gloton por la boca, capaz de comerse de postre un queso de bola.

Confieso que esta industria no es del todo mala; pero es tan prosáico para quien, como yo, ha tenido pretensiones de hombre público, eso de envolver dos cuartos de pimenton, y servir la copa de aguardiente al sereno, y tener que fiar los garbanzos, y el aceite, y las velas, y el arroz, á un cesante benemérito que tiene siete hijos como siete lobos y una mujer que aun tiene ganas de componerse y bajar al Prado, y al infierno bajaria si allí se murmurase del prójimo y se paseara la gente vestida y almibarada; y es muy poco cómodo eso de tener casa abierta y poder servir de garantía y fiador á los amigos que piden dinero prestado, y á las viudas que cobran del Monte Pio y pierden la paga en el monte impío, y á los inquilinos, que luego tal vez se van con tres ó cuatro meses, que el casero hace pagar al fiador. Para emprender esta industria de los comestibles, es preciso tener una naturale-

za de bacalao, y no importársele á uno un comino de los sabañones propios ni de las necesidades ajenas, á pesar de tener gran surtido de artículos de primera necesidad, y saber escamotear dos gotas de aceite en cada panilla, y tener paciencia para oír cómo hablan los criados de sus amos, y la vida y milagros de toda la vecindad.

—Abre, me dijo otro, una tienda de *nouveautés*, ó sea de trajes para señoras, telas, abrigos, equipos de novias y de recién nacidos, con una gran muestra que diga: *Al buho imperial*, y un local, situado en calle céntrica y concurrida, con grandes espejos, que á las mujeres les gusta hallar espejos en todas partes, y magníficas butacas para que se sienten las señoras, que siempre van despacio cuando van á tiendas, y con todas las condiciones de lujo y comodidad que se exigen ya en esta clase de establecimientos.

—Nó en mis días, me dije, que este amigo tiene mujer y tres hijas y poco dinero, y ellas gustan de andar majas, y si yo tuviera tienda de modas, cada asalto que dieran á mis *existencias* seria más tenaz, enérgico y temerario que el de la torre de Malakoff. Además, no es para mí eso de dar conversacion á las señoras, que les gusta mucho la conversacion en todas partes y en las tiendas, y revolver todo cuanto hay en la anaquelaría para que escoja una mínima parte la marquesa de tal ó cuál, y despues de escogida, diga que ya volverá otro día, si no encuentra mejor lo que busca en otra parte. Y tampoco podría yo, tranquila y sériamente, asegurar que el glase, que me costó á 20 rs. cana en Cataluña, lo he traído de Lyon á 15 fran-



cos, ni un ochavo ménos; y ¿cómo no habia de reirme en las barbas del marido que acompaña á su mujer á comprar seda ó lana, y mira y remira los géneros, y los toca para conocer la calidad, y los regatea, y discute con la costilla sobre los paños que le entrarán,—á la mujer,—en un vestido? ¿y cómo habia de contenerme y no decir cuatro frescas al marido que comprase en mi tienda un traje de seis ú ocho mil reales, y me encargase lo remitiera á una casa donde no viviera su mujer legítima?...

—Compre V. casas en Madrid, me dice otro.

—Eso es, y todos me llamarán casero, y las muchachas me pondrán buena cara porque tengo casas, y tendré que sufrir que los periódicos hablen peste de los caseros, y que los inquilinos se me suban á las barbas, y algunos no me paguen, y los que me paguen lo hagan de mala voluntad y me tengan una invencible antipatía, y el Gobierno me saque contribucion sobre contribucion, y los candidatos á la diputacion no me dejen vivir cuando lleguen las elecciones; eso, sin contar con las eventualidades de incendios, bombardeos, expropiaciones y otras, y haciendo caso omiso de las monedas falsas que me darán en pago de los alquileres, y de las recomposiciones que habrá que hacer á cada momento, y de los disgustos que me causaria dar abrigo en mi casa á gente *non sancta* ó á empresas de *timba* ó á otras empresas indignas.—¿Y si hay un terremoto, ó una inundacion causada por el desbordamiento del Manzanares?...

Este es un caso remoto, tan remoto como la vuelta al mundo de la familia de Noé; pero un hombre pru-

dente y juicioso cuenta con todo ántes de arriesgarse en especulacion de ningun género.

—Establezca V. una fonda, me dijo un amigo mio, bastante aficionado á comer en casa ajena, y ocupado constantemente en oler dónde guisan.

—¡Una fonda! exclamé, y quedé pensativo, porque siempre me ha parecido que tener una fonda es una buena especulacion, además de que supone el cumplimiento de aquel precepto que nos manda dar de comer al hambriento, que aunque se le dé de comer por su dinero, no por eso es ménos cierto que se le da de comer.

El dueño de una fonda es un hombre que tiene una inmensa importancia social, es dueño del estómago de sus parroquianos, tiene sobre ellos derecho de vida y muerte, y pocas veces entran en su establecimiento la tristeza, el desconsuelo y la miseria; y si entran algunos tristes y miserables, entran á consolarse, á olvidar, aunque momentáneamente, sus desdichas.

Además, un fondista observador se ilustra mucho con lo que ve y con lo que oye, aprende á conocer el mundo y los hombres, por aquello de que en la mesa es donde más se conocen las personas. Una fonda para todos los bolsillos, es decir, desde 6 hasta 60 rs. cubierto, es una ganga. Algunos comen todo lo que se les pone, pero otros no lo comen todo, y lo que dejan se lo come otro, y hay taza de sopa que se sirve á las dos de la tarde en una mesa, y sobre la sopa que deja este parroquiano se pone más, y más sobre la que deja éste para servírsela á otro, y así resulta que á las ocho de la noche aun está en el fondo de la

taza la sopa que dejó el que la vió sobre su mesa á las dos de la tarde.

Las comidas de encargo, son, en general, muy beneficiosas y saludables para el fondista.

Clasificaré estas comidas:

Comida política. Comida que pagan á escote varios correligionarios para celebrar cualquier suceso fausto para su partido, suceso que, por supuesto, ni es suceso ni fausto para los que no asisten á la comida.

En estas comidas siempre hay discursos políticos; los que hablan no comen ántes de hablar, porque están preocupados con lo que van á decir, cuando hablan, porque no es posible hablar y comer á un tiempo, y despues de hablar, porque la emocion y las felicitaciones de que son objeto les embargan completamente, y les engordan, y les satisfacen más que cumplidamente, y los que oyen hablar tienen que estar con la boca abierta, y admirarse, y aplaudir, y entusiasmarse, y esto no es compatible con la vulgar y material accion de comer. De una comida de estas queda para servir los cubiertos de 6 y 8 y 10 reales durante un par de dias. No hablo de los vinos, que éstos no los perdonan nunca los políticos, no por vicio, sino por los muchos brindis que disparan, con objeto de manifestar cada cual su inventiva y su elocuencia.

Comida de boda. Estas comidas dejan tambien mucha utilidad, porque solo los testigos comen bien y de todo, miéntras la madre de la novia solloza y se limpia los lagrimones, tamaños como nueces, y la novia mira al novio y á su madre, y el novio piensa en lo presente, que ninguno que se casa piensa mas que

en lo presente, que es lo que ha de tener presente hasta que le pongan de cuerpo presente, y el primo de la novia, con el disgusto de ver malograda á su prima y desvanecidas sus ilusiones, todo lo más que hace es echarse al gaxnate tragos de vino para aturdirse y olvidar, y el padre del novio, mirando de reojo á la madre de la novia y á la misma novia, se entretiene en hacer profundas observaciones sobre un sinnúmero de cosas, que omito en obsequio de la brevedad. Por supuesto que en estas comidas se cobra lo que se quiere, porque no han de ir á reparar en duro más ó ménos en día de tal solemnidad, y luego siempre hay que cobrar algun destrozo hecho en la vajilla por la madre de la novia al caer con un síncope, ó por el aturdimiento del primo de la novia al querer coger la cuchara de ésta, que se le ha caido diez veces durante la comida.

Comida de desafío. Esta comida, que solemniza la paz firmada en el campo del honor, ó en el de Guardias, ó en la Venta del Espíritu Santo por dos enemigos que por poco se matan, aunque maldita la gana que tenían de matarse, no tiene más ventaja para el fondista que la de que el padrino, encargado de encargarla y disponerla, como no la ha de pagar él, hace que la cuenta suba todo lo posible. Por lo demás, los que la pagan y los que no la pagan comen de todo, que es muy sabroso comer tranquilo y alegre despues de haber estado en grave peligro de muerte, ó de quedarse sin un ojo ó sin una oreja, aunque, á decir verdad, en la mayor parte de los casos, el desafío se convierte en almuerzo ó comida, sin que aquel se verifi-

que, dadas que son las explicaciones convenientes al honor y buen nombre de los combatientes, que se quedan de este modo con el mismísimo honor que si se hubieran roto el alma, que es lo que, según los hombres civilizados, aquilata mejor el honor de cualquiera.

Comida de calaveras. Estas dejan también grandes productos. Páganlas dos ó tres, á veces uno solo, hijos de familia, que derrochan alegremente la fortuna de sus padres, y se les sirve todo lo peor, con el fin moral de que se disgusten de las comidas de fonda y no gasten el dinero con la turba de parásitos que les acompaña. Por supuesto que este medio no les corrije, y suelen encontrar mejores los manjares pasados y mal condimentados, y los vinos caros y perjudiciales que se les sirven, que la limpia y saludable comida que les espera en su casa; y como arman mucho ruido y hacen gran destrozo de platos y botellas, la cuenta sube que es un primor, y á ellos lo mismo les da ocho que ochenta.

Comidas de familia. Estas son productivas cuando la familia es numerosa y hay tres hijas, y van con la familia los tres novios, porque entónces hay seis personas que no comen, que suspiran, que se miran, que se arrullan con los ojos, que se elevan al quinto cielo, y en este sitio no se come.—Las novias apenas se atreven á abrir la boca en presencia de sus novios, para los que la quieren tener chiquitita y bonita, y porque tiempo tendrán de abrirla como una puerta cochera cuando ellos sean sus maridos, y los novios no han de ponerse á comer vulgarmente cuando están rellenos de ilusiones, esperanzas y otros excesos.

Comidas de familia reducida. Estas son ruinosas para el fondista. Los que van á comer son cinco: el padre y la madre y tres chicos pequeños; empiezan por pedir tres cubiertos, y luego todo se lo tragan, y lo que no comen lo guardan, para que almuerce uno de los chicos un alon, para el otro la cabeza de un pajel, para el perro los huesos, para el gato las cortezas del queso; los platos van llenos y vuelven como si nunca hubieran contenido cosa alguna, limpios, limpios de todos modos, con la cuchara, con el cuchillo, con miga de pan, con el dedo.... Allí no sobra ni pan ni vino, nada, absolutamente nada, y no se llevan el agua de la botella solo porque no se han acordado de traerse de casa el botijo. Y un chico sale con un pepinillo empuñado, y otro sale chorreando crema por las orejas, y los ojos, y las narices, como que lleva un pastelillo de crema entre el pelo y el forro de la gorrita, y al menor hay que llevarle á la Casa de Socorro porque se le ha atragantado el esqueleto de una sardina, que habia guardado para la noche y se la come en cuanto acaba de comer. Y el padre sale maldiciendo de su mujer, y la mujer de la fonda, y el mozo no recibe ni un ochavo de propina.

Esto sé de las fondas, y por esto creo que no va tan descaminado el amigo que me aconseja el establecimiento de una fonda.

Probablemente de aquí á la época en que yo sea ya rico, habrá otras industrias más productivas, y en ese caso, renunciaré á la fonda; hoy no renuncio nunca cuando me convidan.

LA CUARESMA.

I.

Un ochavo de filosofía.

La austeridad ha recobrado su cetro, y reina.

Estamos en tiempo de abstinencia.

El bacalao, el filosófico bacalao, se levanta sobre las ruinas del pavo trufado, de la perdiz escabechada y de los pollos con tomate.

Esta es la Cuaresma.

Pero, ¿no hay más Cuaresma que esta?

Vayan VV. preguntando á toda clase de personas, y se convencerán VV. de que hay pocos humanos que no tengan su Cuaresma particular, despues de haber gozado sus correspondientes *Carnavales*....

Ejemplos:

II.

La Cuaresma de una viuda.

Doña Rosa estaba como el pez en el agua cuando vivia su marido; pero murió éste, y doña Rosa ha ido

teniendo que estrecharse tanto, que si la vieran VV., creerian estar viendo una caña de pescar; y lo peor es que la pobre no pesca nada.

Nueve duros cobra al principio de cada mes. Díganme VV., con nueve duros al mes, ¿no es Cuaresma todo el año?

Doña Rosa sufre abstinencia de todo, abstinencia más penosa, cuanto que doña Rosa no puede acostumbrarse á ella, porque en vida de su marido no le faltaba nada, y el pobre bebia los vientos por ella,—y puede que de esto se muriera,—y la llevaba á todas partes, y en su casa habia reuniones,—y ahora la reunion ha quedado reducida á doña Rosa, el gato, los ratones, que poco á poco los va haciendo noche el gato, y los innumerables chinches de los muebles que tiene doña Rosa, haciendo excepcion de su persona, que son los mismos que presenciaron las bodas de los abuelos de doña Rosa.

Doña Rosa ha procurado por todos los medios posibles, dulcificar su Cuaresma, ó sea su viudez; ha tenido huéspedes, pero éstos le han dado mal pago en todos sentidos... uno, sobre todo, que despues de comerla un lado durante año y medio, y ponerla en el caso de comprarle hasta cigarros, hasta calcetines, y darle palabra de casamiento, en cuanto se examinó de veterinario, no queriendo empezar su carrera errando, se afufó, y esta es la hora en que la pobre no le ha visto el pelo, ni el dinero; ha sido ama de un cura en un pueblo; pero la infeliz no congenió con las personas principales del pueblo, como el alguacil, el veterinario, el estanquero, el sangrador y la alcaldesa, y tuvo

que saltar y venirse á la córte, temerosa de que el pueblo se amotinara contra ella...

Hoy está resignada; habla mal de todo bicho vi-
viente; saca á colacion á cada momento los servicios
de su marido, y la nobleza de su alcurnia, y vive cre-
yendo que en el mundo no hay señora que lo sea más
que ella.

III.

La Cuaresma de un solteron.

D. Lucas se ha divertido mucho en este mundo.

Y el divertirse mucho en este mundo cuesta, como
VV. saben, muy caro.

D. Lucas ha comido siempre muy bien, porque,
como era solo, no tenia más necesidades que satisfacer
que las de su propia persona.

Por la mañana, almuerzo en el Cisne.

Luego, comida en Lardhy.

Y despues de almorzar, café.

Y despues de comer, café otra vez.

Y por la noche, á primera hora, café, y luego cena
en los Andaluces, y manzanilla, y langosta, y buenos
cigarros...

Y ahora, si hace frio, no puede salir de casa; si
hace calor, tiene que ir á baños; si se acuesta tarde, en
cama al dia siguiente; si se levanta temprano; se cons-
tipa; y si se levanta tarde, le dice el médico que es
malsano no levantarse temprano; y no le gusta nada,
y no tiene gana de comer, y si come le hace daño, y

si no come le duele el estómago, y á la una, flor de malva, y en ayunas, jarabe de rábano, y despues de comer, tila, y su gabinete es un botiquin y su cuerpo un herbolario líquido, y le han reconocido todos los médicos de Madrid, y tiene mal humor, y los criados no le pueden sufrir, y solo le sufre cierta ama de gobierno que espera heredarle.

El se ha buscado esta Cuaresma, pero él echa la culpa á los demás.

Este siempre es un consuelo, aunque triste.

IV.

La Cuaresma de un empleado.

D. Gil estaba empleado, con un sueldo modesto, eso sí, pero ya se habia acostumbrado al sueldo, y vivia; iba tirando, y tirando de su mujer, doña Dolores, buena señora, hacendosa, arregladita, económica, que estira un duro como si fuera de goma, y de sus dos hijas Clotilde y Mercedes, buenas muchachas, temerosas de Dios, muy aplicadas á la costura, que siempre están enredadas con los calzoncillos, con las camisas, con los calcetines de papá, y una le hace un gorro de crochet, y otra le borda unas zapatillas, y entre la madre y las hijas ponen y cuidan la comida...

En fin, vivia D. Gil tranquilo, pidiendo á Dios que no le dejara de su mano, y poniendo buena cara á los jóvenes que solian acompañar á su esposa é hijas, cuando éstas se retiraban de un teatro casero, adonde

iban á ver degollar comedias, ó de la tertulia de doña Marciana, una señora que recibe en su casa á personas de confianza, y las permite bailar un poquito y jugar á juegos de prendas, y asistiendo puntualmente á su oficina, entrando siempre el primero y saliendo siempre el último, encantado con el expediente y considerando, en fin, la oficina con el mismo respeto, con igual amor que si fuera el hogar paterno...

Y no le faltaba el pavito por Noche-buena, y la fuente de natillas el día de su cumpleaños, y celebraba á San Isidro, yendo á almorzar con su familia sobre la fresca yerba, á la vista de la ermita del santo, y daba á sus hijas dos vueltas á San Anton cada año, y en verano, por la noche, bajaba á las diez al Prado á buscarlas, porque desde el anochecer se paseaban por aquel sitio la mamá y las niñas, y se hacía su gaban, y su capa, y su levita, pagándole al sastre cuatro duros al mes, y siempre le sobraban cada mes cuatro ó cinco duros, que ponía aparte para las eventualidades de epidemias, hambre ó casamiento de sus hijas.

Porque D. Gil lo preveía todo, y pensaba mucho en el porvenir, y era un hombre arreglado, y que hacía más con uno que otro con diez.

Pero vino un ministro, y es claro, lo primero que hizo fué un arreglo en el ministerio, á consecuencia del cual D. Gil, que era un hombre tan arreglado, quedó en la calle.

Y aquí tienen VV. la Cuaresma de D. Gil.

Ya no se hace gaban, ni capa, ni levita; ya no va á almorzar á San Isidro; ya no le hacen gorros ni za-

patillas sus hijas, que tienen que coser en blanco para fuera, ya no ha comido pavo la última Noche-buena, ya no fia nadie de él, y se pone flaco, y pierde el color; ya no pone buena cara á nadie, porque nadie se la pone á él; ya ve alejarse cada vez más el momento de colocar á sus hijas; ya no compra para los viernes de Cuaresma el bacalao de Escocia, sino el que mojado y esponjado en las tablas de los cajones se vende en las plazuelas, que es el bacalao del pobre, el bacalao de los cesantes; ya ha perdido completamente la idea de la merluza y el salmon; ya no le sobran ni dos cuartos; ya no puede pasar de la puerta del ministerio ó de la acera de enfrente, desde la cual contempla con amargura, con profundo desconsuelo, el balcon de lo que fué su despacho, aquel despacho donde tantas veces firmó su nómina, ese documento que aprecia el empleado tanto como su vida, tanto como la vida del ministro que le paga.

V.

La Cua resma de la solterona.

Llegó Gertrudis á los veinte años, y desde los diez y seis á los veinte, recibió más de treinta declaraciones, que en esto de recibir declaraciones se parecen las muchachas á los jueces, y dijo sí más veces que un diputado ministerial de todos los ministerios. Grandes emociones, grandes satisfacciones gozó la niña en aquella feliz época de su vida. ¡Qué placer para ella tener siempre quien la quisiera, cuando sus amigas

no tenían por novio ni un mal meritorio de loterías! ¡Cómo se ufanaba ella, rodeada siempre en el paseo de adoradores! ¡Cuántos malos ratos dió á su pobre padre, que no veía con buenos ojos los amoríos y devaneos de la niña! ¡Cuántas veces hizo pasear sin ganas á su desdichada madre, señora gorda y sorda, á quien querían extraordinariamente por lo sorda, no por lo gorda, todos los galanes de la niña! ¡Cuántas veces la hizo ir con un sol de justicia á la fiesta cívica del Dos de Mayo, á los grados de doctor y aperturas de la Universidad, á las grandes paradas, á todas las solemnidades, en fin, que excitaban la curiosidad pública! ¡Cuántos resfriados cogió la pobrecita, la niña, por salir al balcon á deshora á dar la vida á algun baboso de los que la decían que no podían vivir sin verla, ó á echarle una cartita, llena de amor y de faltas de ortografía, á algun pollo que por la mañana le había enviado algun idilio, copiado del primer poeta hallado á mano! ¡Cuántas veces sobornó é hizo cómplices de sus juegos amorosos á los criados, y cuánto dió que hablar y que curiosear á las vecinas!...

Y todo, ¿para qué?

Para quedarse soltera.

Pasó de los veinte años; sus padres comenzaron á pensar en este paso y en la colocacion de la niña; pero la niña entónces no pensaba en colocarse. Muchos partidos le presentó el prudente padre, pero los novios que presentan los padres á las niñas no suelen parecer á éstas tan bien como los que ellas eligen. Uno le parecia viejo, otro feo, otro tonto, otro era viudo y tenia dos hijos, otro debía ser avaro, otro era vicioso...

Y así llegó la niña á los veinticuatro años; y entónces, que vió que las amigas que no tenían ni un cacho de novio cuando ella tenia diez ó doce, se iban colocando convenientemente, comenzó á comerse los codos de envidia y á pensar en su estado, y á desear tomarlo, y á insinuar de cierta manera este deseo á los infinitos adoradores que se disputaban sus favores, con objeto de que se explicaran claramente... y entónces comenzó el desfile de novios, que, por lo visto, no querian entrar en explicaciones.

Y pasaron más años, y la infeliz suspiraba ya por el viejo, por el feo, por el tonto, por el viudo, á quienes habia despreciado ántes; pero todos ellos habian hallado su acomodo, y á alguno más le valiera no haber nacido.

Muchas tribulaciones, muchos sinsabores, muchos desengaños devoró la desdichada que, estando dada á los demonios, tenia que poner buena cara y hacer un estudio particular al espejo para dar á la fisonomía la inocencia, el candor y la bondad, que tan prodigioso efecto hacen en los hombres predestinados y de buena voluntad y aun en los de mala voluntad. Cuando no estaba en el balcon estaba en la calle, porque era preciso que la vieran, y metida en casa no la podian ver.

Un dia sintió inefable, dulcísima alegría, porque un viudo con tres hijas y una casa en Carabanchel, tuer-to, y con una berruga en el otro ojo, le pidió con toda formalidad la mano.

Tenia ya treinta años la doncella de mi historia, y no podia pasar un año, ni un mes, ni un dia más sin establecerse.

Dióle el suspirado sí, y ya iba el novio á emprender las diligencias necesarias, cuando una pulmonía aguda, tan aguda como el amor que le habia entrado á la vejez, le envió á la eternidad, donde estará mejor seguramente que en el mundo, casado con la señora de sus inoportunos pensamientos.

No reventó de rabia la malparada novia, porque su destino era ser solterona, y las solteronas viven mucho tiempo, que en el mundo se puede vivir mucho tiempo rabiando.

Hoy tiene ya Gertrudis cuarenta años, pero ni los tormentos de la Inquisicion la harian confesar mas de treinta para la familia, y veintisiete ó veintiocho para los amigos.

Hoy habla mal del prójimo, y asegura que no se ha casado porque no ha querido, no porque la hayan faltado proporciones.

Esto solo retrata á la solterona.

Gertrudis está en Cuaresma perpétua.

Odia á los hombres y á las mujeres; habla mal de todo el mundo, y allá en el fondo de su corazon maldice las horas perdidas de su juventud, y á los galanes que no quisieron explicarse.

Sin embargo, todavía se consuela leyendo las cartas que le escribieron, y contemplando los recuerdos que cada uno le dejó, tales como sortijas, guardapeños y otras baratijas. Los que han ido ya á la basura son los mechones de pelo de todos colores, procedentes de los citados galanes, y con los mechones quisiera ella poder tirar á la basura á los mismos galanes.

VI.

Conclusion.

Todos tenemos nuestra Cuaresma, después de nuestro Carnaval.

Después de la abundancia, la escasez.

Después del empleo, la cesantía.

Después de un triunfo literario, una derrota.

Después de la expansión y la alegría, la soledad y la tristeza.

Después de un premio de la lotería, una enfermedad que se lleva el premio para el médico.

Después de un banquete y mucho *Champagne* y fuertes manjares, la indigestion con todas sus consecuencias.

Después de treinta años de tranquilidad, independencia y anchura, una eternidad de matrimonio, esclavitud y estrechez.

Y aquí pongan VV. todas las etcéteras que quieran, que yo me voy cansando ya de escribir.

HISTORIA
 DE
 UNA PIEZA DE DOS CUARTOS.

Nací el año 1804, según consta en mí misma, y de los cuatro primeros años de mi vida ninguna noticia puedo dar; el 2 de Mayo de 1808 fué la primera vez que me di cuenta de mi existencia; hallábame en el bolsillo de uno de los valientes sacrificados por los invasores, y una bala francesa, dirigida á mi dueño, vino á señalarme para siempre. Cayó mi dueño, y yo salté del bolsillo, y allí quedé abandonada, hasta que algunos dias despues un hijo de mi dueño, que fué á llorar y á rezar en aquel sitio, me recogió, no por codicia, sino porque, examinándome, adivinó que sin duda habria pertenecido á algunos de aquellos valientes inicuamente asesinados. No podia yo decirle que su mismo padre habia sido mi dueño; pero él, como si lo supiera, juró conservarme miéntras viviera.

Vino tras aquella época otra infausta, en que mi

propietario y su mujer y sus hijos sufrieron el horrible tormento del hambre, y yo fui respetada; verdad es que entónces dos cuartos valian ménos que nunca, y con dos cuartos no habia mas que para comprar un cordelillo con que ahorcarse un hombre.

Vinieron mejores tiempos, y mi nuevo y legítimo dueño, que á ninguno de los que he tenido he profesado más afecto, tuvo trabajo, y pudo vivir más desahogado, aunque siempre modestamente; pero el extremado cariño que me tenia dió ocasion á que me sucediera la mayor de las desgracias, la de verse sin mi compañía, que le servia de consuelo, que le conservaba perpétuamente en la memoria y en el corazon, la honradez, el valor y las virtudes cristianas de su padre....

Siempre me llevaba en el bolsillo, nunca me separaba de él; y una noche, cuando nos retirábamos del trabajo, acompañada yo de algunos duros que mi dueño acababa de cobrar, nos sorprendieron en una calle desierta dos ladrones que, navaja en mano, le acometieron indefenso y descuidado. Defendió mi dueño, no el dinero, sino la alhaja de mayor precio que para él habia en el mundo; pero uno de los ladrones le hirió sin compasión, y el otro le arrebató del bolsillo quantas monedas encontró. Dió voces, lloró, suplicó mi dueño por mí, pero faltáronle las fuerzas, y los ladrones no esperaron que pudiera recobrarlas.

En una taherna,—era la primera vez que me veia yo en una taberna,—reuniéronse mis nuevos ilegítimos dueños con otros de su estofa, y todos bebieron y trincaron alegremente hasta la madrugada, que se se-

pararon, quedando yo con otras monedas de plata y cobre en poder de uno de ellos, mozo de cuenta, que al día siguiente hizo con extremada limpieza no pocos robos en los sitios más concurridos de la población. Mucha era mi tristeza por haberme separado de mi dueño amado; pero mayor era la vergüenza que me causaba verme esclava de aquel miserable, que no contento con robar en las calles y en las tiendas, también se atrevió á entrar en la iglesia con aire muy contrito, para hacer de las suyas entre los fieles devotos. Nadie, al verle arrodillado, moviendo los labios como si rezara, y fija la vista en las santas imágenes, hubiera creído que era un ladrón redomado y un tuno de primera fuerza, y mucho ménos si le hubiese visto, al salir del templo, santiguarse, meter la mano en el bolsillo, sacar una pieza de dos cuartos, y dársela á un pobre que alargaba tímidamente la mano á cuantos se acercaban, entrando ó saliendo al pórtico de la iglesia.

La pieza de dos cuartos era yo; el pobre, después de decir al ladrón:—«Dios se lo pague, hermano, y le corone de gloria,»—me besó, y me guardó en compañía de unos mugrientos ochavos y alguna que otra pieza de dos cuartos dudosa. Algo me consoló de mi irreparable pérdida haber venido á dar en manos de un pobre, á quien deseaba servir para que pudiera comprar con qué desayunarse, pues que le oí decir cuando pedía, que iban ya pasados dos días sin que cosa caliente hubiera entrado en su cuerpo.

No me llevó á comprar pan el pobre: llevóme á su casa, si casa podía llamarse el chibiritil donde vivía,

y apenas entramos, lo primero que hizo fué deshacerse en denuestos é injurias contra los fieles que ya no daban limosna ó daban un ochavo ó dos cuartos á lo sumo, y echarse al colete como medio cuartillo de aguardiente, que, segun oia, debia tener más grados que un capitán general, despues de lo cual nos colocó sobre una mesilla á los ochavos y á mí, y comenzó á sacar del cajon grandes cartuchos de onzas, duros, pesetas y más de mil pilas de monedas de mi clase, en cada una de las cuales habia diez y siete, es decir, una peseta, ménos en la postrera, que solo contaba diez y seis; en esta me colocó para completarla, y allí quedé cautiva en poder de aquel ruin avaro, y en la innoble compañía de aquel dinero, que de nada servia. Dolióme mucho mi suerte; pero como las monedas tenemos la virtud de la conformidad, única que tenemos, sufrí resignada mi suerte, y allí me estuve hasta que el destino, que no es siempre adverso ni siempre favorable, me dió mejor empleo. Seis meses vivió aquel infame, al cabo de los cuales murió de una borrachera solitaria de las que acostumbraba á tomar cuando volvía á recogerse, y todo el dinero que se le encontró fué á dar en escribas y fariseos, que debieron hacer uso, y buen uso, del dinero en breve término, cuando á un heredero forzoso que tenia el difunto no llegaron mas que las pesetas en cuartos y la ropa usada por aquel, que no sé por cuántos habria sido usada ántes, segun estaba de rota, raida y vetusta. Pronto mudé de dueño; el heredero del rico pobre gastó toda la herencia en una comida en la fonda de Perona, á la que concurrieron los toreros de más fama, algunos co-

mediantes, el apuntador de la Cruz y varias damas, tan buenas para un fregado como para un barrido, aunque ellas no barrían ni fregaban, porque fregar y barrer es una honesta ocupación, y ellas me parece que no tenían ninguna, á no ser ocupación de estómago, á consecuencia de las comilonas y francachelas, á que jamás se resistían.

Pocos momentos estuve en la fonda de Perona, y lo sentí, porque allí estaba en una casa honrada, y olian bien los guisos que se servían á los concurrentes; pero diéronme en el cambio de un duro á una viudita golosa y verde, muy colorada y frescachona, que entró á comprar una chuleta para administrársela despues en su casita, en compañía del gato y de una copita de Jerez seco. Seca me quedé yo cuando, llegada la noche, ví entrar hasta una docena de mujeres entre jóvenes y viejas, y las oí murmurar de lo lindo, y despellejar al prójimo, y acabar por sentarse á jugar modestamente al monte, acompañadas de un cova-chuelista, un administrador de no sé qué monjas, un hermano mayor de las ánimas, y tres ó cuatro pisa-verdes que hacían el amor á las más jóvenes, entre las que se contaba, porque ella quería contarse, no por que lo fuera, la viuda verde de la chuleta. Excuso decir que tomé parte en el juego, y que en media hora pertencí á todos los que componían aquella escogida reunión; pero no omitiré que sobre si una de las jugadoras me había ganado ó nó, armóse allí una pendencia, en la que oí tales cosas, que me avergoncé como una doncella inocente y timorata,—y eso que las monedas no han conocido jamás la vergüenza.—Y des-

pues de las palabras y los trapos sacados á relucir, vinieron las manotadas al aire, y luego los repelones, y si no se hubiera apagado la luz con el aire de la pelea, hubieran visto los concurrentes cosas que no son para vistas. En esta confusion, una mano inadvertida se posó sobre mí, y con ella me llevó á un bolsillo que con la oscuridad no pude saber á quién pertenecia. En la bolsadel hermano mayor de las ánimas, que era otra ánima, amanecí, y por un poco de rapé, que no habia bastante nunca con que llenar las narices de aquella apreciable persona, me dejó en un estanco, donde no me detuvieron mucho, y desde donde ocupé sucesivamente los bolsillos de más de mil individuos, hasta venir á parar, sin saber cómo ni cuándo, en el chaleco de un ministro, de donde me sacó un ayuda de cámara, que le limpiaba la ropa y el dinero, porque no habia de llevar S. E. llenos de cuartos los bolsillos, y de los del ayuda de cámara me limpió el lacayo del ministro, que limpiaba la ropa al ayuda de cámara, yendo á parar, despues de muchas idas y venidas por la casa del citado personaje, á una vendedora de buñuelos, que me recibió con gran júbilo, porque conmigo se estrenaba aquel día. Pero aquella misma tarde, despues de haber recorrido todo Madrid y pasado por mil manos, sin haberlo pensado siquiera, emprendí un viaje á Francia en el bolsillo de cierto conspirador, que huia bonitamente el bulto. Mucho me alegró ir á visitar países extraños, y algun día, si tengo dinero, emprenderé la publicacion de las observaciones que hice en los que he visto, que puede decirse que son todos los conocidos. Mucho tiempo estu-

ve en poder del conspirador, que aunque me dió varias veces, ninguno me quiso tomar fuera de mi patria. Veinte años estuve léjos de ella; pero al cabo de este tiempo hubo de haber amnistía, ó subió al poder el partido político de mi dueño, porque éste se decidió á volver, y sin duda se las prometia muy felices, cuando al llegar á la puerta de Bilbao me sacó del bolsillo donde habia quedado yo sola, y arrojándome al lodo, exclamó con arrogancia: «¡Despues de veinte años, un hombre como yo no ha de entrar con dos cuartos en Madrid »

No estuve mucho tiempo en tan humillante abandono, porque un sepulturero de cuatro que llevaban un difunto al cementerio, me vió, me recogió y me guardó, y me empleo en vino en el primer figon que encontramos. Pero el dia siguiente ya estaba yo en Madrid, en el cajon de un carnicero, que me dió á una criada, que me dió á su novio, soldado, que me dió á la cantinera, que me dió al tambor mayor, que me dió al cabo furriel, que me dió al sargento, desde el cual, pasando por todos los grados de la milicia, llegué al bolsillo de un capitán general, que me dió de limosna á un ciego, que al tocarme tembló y me volvió á tocar, y fué á pedir por Dios á un transeunte le dijera el año de mi nacimiento y si tenia en el busto la señal de un balazo.... Era mi dueño, mi legítimo, mi adorado dueño, el hijo del fusilado inhumanamente por los invasores de la patria.

Desde que yo le falté habian llovido sobre él desdichas sin cuento: habian muerto todos los suyos, su mujer, sus hijos; habia perdido su escasa fortuna, y la

fortuna mayor de los humanos, la vista; pero desde que volvió á tenerme en su poder, Dios se apiadó del infeliz, la caridad le dió amparo y abrigo, la ciencia le hizo recobrar la vista, le hizo gozar el mayor bien, el de contemplar otra vez la moneda que acompañó al suplicio á su padre, y resignado y tranquilo, y acompañado de mí, murió tan honrado como habia vivido.—Encargó que con él me enterraran, pero no cumplieron este sagrado deber, no por codicia, sino por olvido, dejáronme debajo de la almohada en que cayó su cabeza cuando hubo exhalado el postrer suspiro.

Despues me han dado y me han tomado innumerables millones de veces, pero en mi historia no hay ya poesía, solo hay prosa, vulgar prosa.—Soy una pieza de dos cuartos que no significa mas que dos cuartos.

EL BUZON DEL CORREO.

El buzón del Correo es la imagen más exacta del mundo, ó mejor dicho, es el mundo mismo, con sus locuras y sus ambiciones, sus vicios y sus virtudes, sus ilusiones y sus desengaños.

No conocemos criminal más sereno, más empedernido, más dispuesto á ser cómplice de todo, que el buzón del Correo.

Por cincuenta miserables milésimas de escudo que cuesta un sello de franqueo, ó veinticinco si es para el interior, da curso á la idea más descabellada, al complót más inicuo contra la fortuna del huérfano, al golpe más cruel contra la honra de la esposa, al amor ilícito del marido infiel, á la descarada arrogancia del pretendiente sin méritos ni servicios, á la pasión más adúltera, á la amenaza más soez, á la seducción más torpe, á las exigencias de los acreedores, á las disculpas de los deudores.

El Correo lo traga todo, todo lo admite, todo lo

consiente, todo lo halla bueno, y todos los intereses sirve.

Y allí hay sapos y culebras; para saber lo que es el mundo, bastaría, á mi ver, abrir todas las cartas que caen en veinticuatro horas por el buzón del Correo, y luego se mezclan y confunden allí dentro.... ¡Qué contrastes tan cómicos, tan horribles, tan providenciales se verían entre las cartas!... ¡Qué fieras pasiones se agitan bajo aquellos sobres de inocente apariencia!.. ¡Cuánta miseria, y qué asquerosa podredumbre en aquel papel fino, perfumado, *doré sur tranche*, como dicen los franceses, y adornado de elegantes blasones!...

Junto á la carta amorosa, dulce, tierna de la madre que tiene un hijo amante, y le habla de sus esperanzas y de sus oraciones, de su amor y de sus lágrimas, de su impaciencia, de sus temores y sobresaltos, y le da consejos de honor y probidad, y le advierte cómo ha de hacer para conservar la salud, cae la hipócrita carta embustera del hijo infame, que sacrifica á su padre, y le arruina, y le roba su patrimonio para la satisfacción de sus vicios.... Al lado de la carta inocente de una niña á su padre, en la que le cuenta con la candidez envidiable de la infancia, sus juegos y sus alegrías, sus rabiets y sus progresos en el bordado y en la música, va la cesantía que un ministro, que no es hijo, ni padre, ni aun hermano, como Dios quiere, de los empleados que de él dependen, le remite, sin más objeto que dar á otro *quidam* el pan que á él le quita. Y el Correo lleva á este pobre padre la inmensa alegría del cariño de su hija, y el pesar in-

menso del cariñazo del ministro.... Sobre la carta de amor de una esposa feliz, que hace á su madre participe de sus alegrías y de su tranquilidad, cae la triste carta escrita con lágrimas de la esposa abandonada, de la esposa legítima pospuesta á la pasion criminal, que no se queja del desamor del esposo, que nada pide para ella, y ruega, y suplica, y se humilla por sus hijos, por sus hijos, que no tienen pan y le preguntan por su padre.... Junto á la carta necia del estudiante de veterinaria, que presume de poeta, y escribe á la novia que dejó en el pueblo en un lenguaje hiperbólico, gongorino, enfático y rematadamente memo, va á parar la carta franca, alegre, con tantos desatinos como palabras, de un soldado que se cree muy pillo, y escribe á su novia, que dejó siete años hace en la aldea, para poner en su conocimiento, que estando próximo á cumplir con el rey, está asimismo dispuesto á cumplir con ella, y á partir con ella lo que tenga.... ella.

Sería tarea larga por demás enumerar todos los contrastes, todas las peripecias, todas las grandes virtudes, todos los grandes crímenes, todas las desgracias, todas las ruines pasiones, todos los negocios, todas las trapisondas, todas las irritantes pretensiones, todas las tonterias y sandeces que reciben cada dia aquellas dos bocas del Correo....

El lector puede figurarse todo lo que quiera, seguro de que los contrastes más raros, la amalgama más ilógica y absurda, la confusion más espantosa, son cosa corriente en ese antro, en ese abismo que se llama el buzón del Correo....

No es fácil leer las cartas que caen por el buzón, y

aunque hay ejemplo de que se haya leído alguna, no arriendo yo la ganancia del mortal que pudiera leer las de un solo día. Creo que se volvería loco ó tonto, si no era ya esto último, en cuyo caso se quedaria como estaba.

Limitaré mis observaciones á los individuos que van á echar cartas al Correo, situándome cerca del buzón, y á ver si puedo adivinar por el porte y la fisonomía de la persona el objeto de la carta.

El primero que se presenta con su carta en la mano es un señor muy gordo, que ántes de llegar al buzón se para á contemplar en el escaparate de una tienda de ultramarinos las latas de conserva, y las botellas de Tintillo y Malvasía, y los bruños de Portugal y otras golosinas, colocadas allí para excitar el apetito público, y conquistar la pública simpatía, y formar la opinion pública respecto del surtido de la tienda. Apuesto una oreja del Gran Turco á que este hombre escribe á algun amigo para que le envíe algun producto del país, y no dudo asegurar que pone á contribucion á todas las personas que conoce en las provincias de España, para que le surtan la despensa de conservas de la Rioja, de bocas de la Isla, de aceitunas de Sevilla, de vinos del Puerto, de sagardúa de las provincias, etc., etc.—Tres son las cartas que deposita en la boca del león, y despues que las ha soltado, se empina para ver si han caido bien, ó quizá para ver si vienen por allí coleando los langostinos que encargó hace días á un amigo de Cádiz.

Allí viene una dama de copete, que tiene criados de sobra, pues yo recuerdo haberla visto en coche con

armas, y en un palco de la Zarzuela, y hasta me parece que he oído el nombre de su marido,—y ya lo he olvidado,—y también la he visto pedir para los pobres.... Una cartita elegante, pequeña, aristocrática es la que da á tragar al león, y muy de prisa, sin pararse, como el caballero de quien ya he hecho mérito, aunque él no tiene ninguno, á ver si la carta ha caído, se retira de aquel sitio, temiendo sin duda encontrar á su marido, que creo tiene cerca de allí la oficina.—Esta señora no ha querido confiar la cartita á un criado; ha aprovechado la ocasión de ir á tiendas, que este de ir á tiendas es el gran recurso, el gran pretexto de las mujeres, y se pone un si es ó no es colorada cuando al volver la esquina de la calle que conduce al Correo, se encuentra con un amigo íntimo de su esposo, á quien dice sin que él se lo pregunte, que viene de una de las tiendas de Santa Cruz, y que por *cortar* ha tomado por la calle de la Paz, porque desde que riegan tanto las aceras de las calles anchas, una señora se pone perdida de agua, y tiene que levantarse las faldas hasta las pantorrillas....

Yo no puedo dar con el contenido de la carta de esta señora, pero el lector, que es mas listo que yo sin duda que ha hecho ya sus conjeturas. Yo le suplico que guarde el secreto de la carta si ha dado con él, aunque la súplica es ociosa, tratándose de personas tan discretas como mis apreciables lectores y mis simpáticas lectoras, que son las únicas mujeres á quienes se puede confiar un secreto de importancia y trascendencia.

¡Calle! pues aquel que viene allí es el marido de

dama que acaba de eclipsarse. ¡Qué lástima! ha venido por el camino opuesto, con lo que ambos consortes han perdido la satisfaccion de encontrarse. Trae un gran paquete de cartas, y las echa en el Correo, con cierta fruicion que le salta al rostro, y cuando se aleja del buzón, parece como que ha crecido una cuarta más, como que en sus ojos se refleja la satisfaccion de su espíritu, y parece más apuesto, más arrogante, y lleva más erguida la cabeza, y mira á las gentes con cierto airecillo de proteccion, que es un aire, que á lo ménos no le regala á nadie una pulmonía. Apuesto uno de los leones del peristilo del Congreso á que este caballero ha escrito á sujetos de un mismo pueblo, que tienen derecho electoral.

Allí vienen una mamá, gorda, rebajueta, colorada, apoplética, y una hija de la propia mamá, bonita, morenita, con ojos gachones, más elocuentes que el mismísimo Ciceron. La niña trae en la mano una carta y la mamá viene gruñendo, y la mirada que dirige á su hija cuando ésta pone la carta en la boca del leon, es de lástima, de reconvencion, de rabia y de desprecio. La niña parece como que quiere convencer de alguna sinrazon á la mamá y ésta parece que no se convence.

La historia de la carta debe ser esta: la niña tiene ausente un novio, que debe ser así como teniente de caballería, ó poeta provinciano, muy guapo muchacho y pobre además; la mamá concede muy buenas cualidades á este novio, pero le duele que su hija vaya á emplearse en un amor que no tiene dos pesetas, y quisiera verla colocada con algun comerciante, por ejemplo, ó con un boticario, ó con un escribano de

fama; la niña está llena de ilusiones, y no le asusta la pobreza, y aun ha llegado á soñar como su mayor ventura, porque su novio le ha dedicado unos versos bucólicos muy monos, una cabaña en lo más apartado de la tierra, y una cabrita, y un sombrerito de pastora y otros excesos campestres del mejor gusto. A la mamá se la lleva el demonio con esto; pero, ¿qué mamá resiste á su hija?... La mamá rabia que rabia, la hija escribe que te escribe, y la mamá compra el sello para la carta y la hija la pone en el Correo.

Una mano descarnada, huesosa, sale por debajo de un pedazo de tafetan que sirve de mantilla á una mujer jóven, triste, flaca, amarilla y miserable, y confía al leon del Correo una carta... La mujer lleva un niño de la mano, y el niño es enfermizo tambien, triste, encogido... La mujer ha vacilado al poner la carta en el buzón del Correo, pero ha dirigido una sublime mirada al niño, y en el mismo momento ha separado los dedos, y la carta ha ido á confundirse entre las demás... En aquella mirada he traducido:—«¡ Por tí, hijo mio, esta humillacion!»—Es seguro que esa mujer pide una limosna para su hijo á un padre infame.

Allí viene un sastre, amigo mio, que arroja al Correo seis cartas con sellos del interior.

Estas cartas dicen sobre poco más ó menos:—«Si para tal dia no me satisface V. la cuentecita que tenemos pendiente, me veré en la precision de demandarle á V. Consérvese V. bueno, etc.»

Varios criados traen grandes paquetes de cartas; unas son circulares de una sociedad de crédito, que envia la felicidad á las familias, y que se afana por

que todo el mundo nade en la abundancia; otras, papeletas de entierros; otras, avisos de efectuados enlaces, cuyos desenlaces no se comunican luego de la misma manera; y otras, por último, anuncios de nacimientos de nuevos servidores de Dios y de VV.

Y como me canso de estar en pié, y estoy delicadito, dejo para otro día, si tengo tiempo y humor, mis observaciones.

Y ahora veo que es imposible escribir en los límites de un artículo todo lo que escribirse puede del buzón del Correo.

Este sería asunto magnífico para una magnífica novela de grandísimo interés, de inmensa importancia social.

Este artículo no es mas que el boceto muy en pequeño de un cuadro que yo haria, si tuviera fuerzas bastantes para tan árdua empresa.

En el buzón del Correo está todo lo triste, todo lo alegre, todo lo sublime, todo lo ridículo, todo lo malo y todo lo bueno; es decir, que allí está el mundo, allí está el siglo tal cual es, hipócrita, presumido, avariento, impaciente, nervioso, fogoso, orgulloso, avaricioso, voluntarioso, goloso, curioso, baboso, furioso y diez y nueve.

¡ RECIBIR !

No presuman VV. que trato de exponer la teoría del arte de recibir los toros, ni que voy á referirme á los que reciben empleos, ni á los diputados que reciben gracias y condécoraciones con asombro de los que no las reciben, ni que pienso dar á las señoras consejos prudentes acerca de las cualidades y condiciones que deben tener las criadas que reciban; ni que pretendo recomendar á VV. alguna de esas casas que no son ni han sido de huéspedes, en las que se reciben huéspedes, ni que me propongo encarecer lo agradable que es recibir una carta con infinidad de haches sobrantes y sin número de ternezas, ó la noticia de que han subido al poder los nuestros, es decir, los que nos han de dar un empecillo, ó la de que nos ha caido el premio gordo de la lotería....

Este artículo tiene por objeto encarecer la costumbre grandemente desarrollada en la sociedad moderna de recibir personas con objeto de divertir las, bai-

larlas y ponerlas hasta allí de manjares exquisitos, dulces delicados, y helados, y café, y té, etc., etc.

Las antiguas, las modestas, y por decirlo así, patriarcales tertulias, compuestas de la familia, los amigos de mucha confianza y algunos vecinos, en las que se hablaba un poco de todo, y sobre todo del tiempo y de las enfermedades que cada uno padecía ó había padecido, y los jóvenes se hacían el amor de la manera más elocuente, es decir, callando y mirándose, y se jugaba un poco á la lotería, con cuyos fondos se disponía cada trimestre un día de campo en la fuente de la Teja ó en el Vivero, ó una comida de fonda á 10 rs. cubierto, ó una noche de *Los polvos de la madre Celestina* ó *La estrella de oro*, han desaparecido ya de nuestra clase media, que se ha aficionado extraordinariamente al café, á la política, al teatro y á recibir....

Porque hoy todos queremos caer en botija, y así como hoy todos queremos ser ministros ó gobernadores por lo ménos, todos pretendemos echarla de grandes y gastar más de lo que tenemos, sin otro móvil que la pícara vanidad que se ha apoderado del siglo y no lo suelta á tres tirones, y sin otro fin que lucirnos y que se hable de nosotros, y que se nos tenga por más y en más de lo que realmente somos.

Los periódicos,—preciso es decir la verdad, aunque sea en disfavor de los periodistas mis compañeros,—han contribuido muy mucho á despertar en nuestros contemporáneos la pueril vanidad, el mezquino deseo de hacer papel y figurar sin ser sábios, ni artistas, ni *virtuosos*,—(ya conocen VV. que estos vir-

tuosos son los músicos, y que los virtuosos en la buena acepción de la palabra, ni pueden padecer la vanidad mundana, ni ser atormentados de ningún deseo ruin ó liviano),—ni grandes poetas, ni siquiera embajadores cochinchinos; los periódicos se han propagado mucho en España, toda España los lee,—y lo malo es que los lee toda España y está suscrita una pequeña parte,— y se han dado de tal manera á escribir nombres propios, y á hacer conocidos los que eran y debían ser siempre oscuros y desconocidos nombres, que el tonto que ha visto repetido, y repetido con grandes encomios, el nombre de otro tonto como él, no ha querido ser ménos, y no ha parado hasta conseguir que la fama lleve su nombre á los rincones más recónditos de la Península é islas adyacentes.—Los que no esperaban que un periódico los llamase sábios, por que no lo eran,—aunque haya muchos de quienes se diga eso sin que ellos lo sean,—han logrado que los llame amables ó apreciables; las señoras particulares, que ni fumaban, ni montaban á caballo, ni pegaban de latigazos á nadie, como Lola Montes, ni escribían novelas verdes, como Jorge Sand, ni hacían otra cosa de provecho mas que bordar zapatillas y gorros al esposo y cuidar de los chiquitines, han sentido también la necesidad de hacer papel y ver su nombre en caracteres de imprenta, acompañados de los adjetivos amable, graciosa, bellísima, respetable—(este les gusta poco),—distinguida, etc., etc.; y si sus maridos no pensaban en tal cosa, ellas, ellas han sido las que les han obligado á figurar, para figurar ellas, á recibir, en fin.

Recibir es dar de cenar y servir música y baile á las personas conocidas y desconocidas, y hacer ver á las gentes que se tienen medios de tirar la casa por la ventana, y satisfacer el deseo de darse lustre y ser conocido.

De aquí ese sinnúmero de reuniones que se llaman soirées, conciertos, bailes, *raouts*, chocolates, tés y otros comestibles, de que todos los días nos dan cuenta los periódicos, con la mismísima formalidad que si se tratara de una grande y útil invencion, de una sublime obra de misericordia ó de una crisis ministerial.

Así ven VV. todos los días llenos los periódicos de nombres de personas muy apreciables, que han dado un concierto en su casa para celebrar los días de uno de la familia, ó que han asistido á la reunion de don Fulano, que hizo los honores de la casa con su acostumbrada amabilidad,—y es claro que no habia de dar un sofion á cada convidado,—y cuya esposa estaba prendida con mucho gusto, y en cuya casa brillaban la señorita Z, encantadora como siempre, con vestido verde botella, de moaré, y cuerpo montante, y otras fruslerías y las niñas de L, cuyos ojos de fuego abrasaban todos los corazones de la reunion.

Y así algunas familias se gastan el dinero que tienen y el que no tienen, por la efímera insignificante gloria que les resulta de recibir á los que van á honrar su casa y á divertirse, y á curiosear y á criticar lo que les parece, y á fumar buenos cigarros, y á beber *Champagne*, y á comer pavos trufados, cosas que les están prohibidas, si no por los médicos, por el estado poco satisfactorio de su bolsillo.

Es verdad que es una gran satisfaccion para una señora verse acariciada por las niñas y las mamás que van á su casa, y halagada, festejada y solicitada—para bailar se entiende,—por todos los caballeros, y advertir—que esto lo advierten las señoras á primera vista,—con qué envidia mira su garganta torneada una contemporánea suya, que la tiene tersa como un pergamino, y con unas cuerdas que seguramente con el auxilio de un arco de violin se podrian sacar de ellas los mismos sonidos que de este instrumento, y con qué pesadumbre mira otra señora el cintillo de perlas, que tan bien sienta sobre tan encantadora garganta.—Y es tambien una gran satisfaccion para el dueño de la casa ver cómo llueven sobre su costilla galanterías sin cuento, y cuántas simpatías inspiran él y la señora, y los niños, si los tiene, y hasta los perros de su propiedad á las personas que favorecen sus salones, entre las cuales hay muchas que le son perfectamente desconocidas, y que han entrado allí llevadas por alguna de las ya presentadas anteriormente.

Una de estas que hemos dado en llamar *soirées*, se presta á curiosas y cómicas observaciones.

Las niñas dedican la primera media hora á mirarse unas á otras, á comparar los respectivos trajes y adornos, á besarse con el mayor entusiasmo, y á convencerse cada una de que ella es la más bonita y la más elegante; la segunda media hora, á hablar de la reunion que hubo el miércoles en casa de las que VV. quieran, y del concierto que dió la viuda del mariscal el lunes, con expresion de los trajes que cada cual llevaba, y de los muchachos que asistieron, y la ter-

cera media hora á examinar, aparentando indiferencia, á los caballeros que van apareciendo, á contestar á los saludos de los mismos, á darles la mano, y á ruborizarse y á sonreirse, y aparentar suma modestia y ningun amor propio al contestar á las hipérbolas con que los galanes encomian su hermosura, su gracia, su gusto en el vestir, y á irse comprometiendo,—para bailar, se entiende.

Y luego comienza el concierto, porque supongo que hay concierto ántes del baile. Y ahora verán ustedes qué entusiasmo se advierte en todos aquellos semblantes, oyendo cantar la *Casta Diva* á la señora de la casa, acompañada al piano por un artista que se da gran importancia y siempre está pidiendo bombo á todos los periódicos de Madrid, desde que escribió la música de una zarzuela que dice que no gustó por intrigas de la empresa de Jovellanos, y luego oirán ustedes á un señorito gritar la romanza de *Il furioso* con la mayor tranquilidad y mirando con una ternura verdaderamente artística á cierta señorita que no le quita ojo, y la cual está pensando ya en que cuando sea su marido, como se lo ha prometido en un arranque de pasión casta, no se pondrá furioso nunca por maldita la cosa un hombre que canta la romanza de *Il furioso* sin que se le descomponga el lazo de la corbata ni se le levante un solo pelo. Concluida esta furia con una ovación tan espontánea como merecida, se presenta un caballero, que ya no es niño, gordo, brillante y sanote, á cantar un *polo*, que es aplaudido con verdadero frenesí, y bien lo merece el *cantaor* de frac y guante blanco, que acaba sudando la gota tan gor-

da, á consecuencia de los esfuerzos que ha hecho para dar á la cancion todo el carácter y toda la expresion que requiere el género.

Empiezan aquí á servirse helados y dulces, y aquí entra la hora de las mamás, que se despachan á su gusto, abriendo todas unas bocas, que harian muy buen efecto en la muestra de Nogués ó de cualquier otro dentista de á pié ó de á caballo. A las niñas les gustan más que los helados, los dulces que les ofrecen galantes y apuestos caballeros, y así como las mamás abren toda la boca que Dios les dió, las niñas tienen sumo cuidado de no abrirla mas que lo preciso, ménos de lo preciso, para no descomponer la regularidad de las facciones, y porque no está bien que una niña de quince á veinte tenga una boca como una vieja, que ya ha salido de cuenta.

Nunca falta en estas reuniones alguna poetisa, que con notable desembarazo lee una composicion, cuyo asunto puede deducirse del título, que suele ser por ejemplo: *A D. José Perez en su aniversario*, cuya composicion haria llorar á un muerto por lo melancólica, y merece grandes aplausos de la concurrencia, apareciendo al dia siguiente en algun periódico, con lo cual ganan honra y prez la autora y el protagonista de la composicion.

Y comienza el baile, momento supremo para las señoritas y para los aficionados al baile y á las señoritas: como yo bailo solo, no conozco las emociones del baile á dúo; pero han de ser dulces y encantadoras en extremo, cuando hay tantos que se lanzan á bailar en hallando ocasion. Comprendo que para los

enamorados debe ser un gran recurso este del baile. Aunque bailen en medio de mucha gente, pueden decirse amores, quejas, promesas, y sin ser oídos de nadie, porque las demás parejas atienden cada una á su baile, y el murmullo de las mamás que están en conversacion, y los acordes del piano impiden que los demás se aperciban de lo que se dicen. Tambien hay viejas que bailan,—¡vaya si las hay!—y como el galan no suele hablarlas, ellas hablan al galan, y se hacen las chiquitas,—digo, y hay alguna que lo era en tiempos de Carlos IV,—y aunque estén rendidas, aseguran que no se casan, y bailan más que un peon, sin otra idea que aparecer mas jóvenes de lo que son. La señora de la casa es la abogada de las feas, y para que no se queden sin bailar, ella suplica á los galanes que no las desairen, y las feas bailan tambien, con lo que continuan engañadas respecto de su mérito físico, lo cual es por lo ménos un consuelo.

Para dar una idea de la tecnología especial de estas reuniones, seria preciso escribir un artículo que ocupara todo este libro, y ni el lector tendria paciencia para leerlo, ni yo la tengo para escribirlo. Es el lenguaje al uso, superficial, ni castellano ni francés, sin atractivo, sin gracia, sin ingenio. Ellas están todas cortadas por el mismo patron, todas son afectadas, fastidiosas, remilgadas, y ellos, unos presumen de calaveras y de buenos mozos, y no hay quien sufra su petulancia y su osadía; otros son juvenes graves, empaquetados, con pretensiones de hombres de sexo, y con la cabeza llena de humo; y otros, niños insoportables. atrevidos insolentes, á quienes algun

padre ó algun marido tienen que aplicar á lo mejor la punta del pié.

Los solteros se rien de los maridos; los maridos de las unas se rien de los maridos de las otras; unas van simplemente á bailar, otras á hablar simplemente, otras á ver lo que dan, y otras á murmurar de todos, á curiosear y llevar que contar á otra parte.

Y al dia siguiente, los periódicos circulan por toda España la agradable noticia de que en casa de don Fulano se han reunido tales y tales personas, con el objeto que se ha dicho, cosa que á nadie importa mas que á las personas cuyos nombres se citan.

Dirán VV. que lo que acabo de hacer en este artículo es meterme en casa ajena, lo cual no está bien hecho, porque á nadie le importa lo que cada uno hace en su casa; pero como los periódicos dan cuenta con tanto afan de lo que cada uno hace en su casa, paréceme que tambien está muy en su lugar este artículo.

HISTORIA

DE

UN BILLETE DE BANCO.

En mí se cumple aquel axioma, *tanto tienes, tanto vales*; 1000 rs. tengo, 1000 rs. valgo.

No hay que preguntarme cuál es mi genealogía; la cifra que llevo estampada me dispensa de hacer pruebas de nobleza para entrar y ser bien recibido en todas partes.

Muy pocas veces he visto que se me reciba con tristeza y desaliento; pero he visto muchas veces la satisfacción, la alegría, el deseo, el vicio en el rostro de las personas á quienes se me entregaba.

Conozco el mundo; ¡vaya si le conozco! como que valgo 1000 rs., y el mundo, á vista de 1000 rs., se manifiesta tal cual es.

He pasado por los Gobiernos frecuentemente, y he

visto los apuros de los ministros de Hacienda, y más de una vez he sentido no valer 1000 millones para salvarlos en esos apuros, porque el dinero es muy ministerial.

Héme visto festejado, conservado en el seno de alguna hermosa y en el de alguna vieja, en los palacios y en las guardillas, en las arcas del avaro y en las pródigas manos del libertino; he vuelto muchas veces á la casa paterna, me han dado, me han cambiado, me han arrojado al suelo, me han besado, me han perdido, me han encontrado, y,—á pesar de tantos azares y tantas aventuras,—he conservado mi valor, mi significacion, diferenciándome en esto de los hombres, mis dueños, que todos lo son míos, porque á todos pago, á todos compro, y á todos sirvo.

Al nacer, ni más ni ménos que á un presidiario, ó á un coche de plaza, ó á un caso de cólera, me pusieron un número, que no me lo puedo quitar de encima, un número que no me permite la fuga, porque aunque me aleje de España y dé la vuelta al mundo, á no ser que me rompan é inutilicen, cosa que nadie se atreve á hacer, al cabo de los años mil vuelvo al sitio de donde salí, aunque deslucido y arrugado, que también los billetes de Banco envejecen.

Mi vida, que Dios sabe cuándo concluirá, está llena de aventuras y peripecias, no mias precisamente, sino de las personas á quienes he servido, y voy á dar á VV.,—que ya tengo deseos de dar mas de los 1000 rs. miserables que valgo, por más que el que da lo que tiene no está obligado á más,—un *echantillon*, como dicen los franceses, de mis memorias, que algun dia

pienso publicar, si el Gobierno me hace la edicion.

El primer particular en cuyo poder me ví acababa de ser poder, pero no habia podido poder evitar que otro hombre público, como á él le llamaban, le echase la zancadilla, y le enviara, ministro y todo, á engrosar las numerosas filas del ejército de cesantes, que es un ejército de reserva muy respetable; yo constituia una mínima parte de su última paga, por entónces, que luego, pasado algun tiempo, sé que volvió á sentarse en el pescante de la mensajería acelerada que se llama la cosa pública. Mi hombre me guardó en un cajon, donde habia una infinidad de compañeros míos, y dos dias despues, yo y nueve más, que valian cada uno lo mismo que yo, y todos juntos más que yo, servimos para pagar dos poderosas yeguas que el ex-ministro se compró. Le perdí de vista, y á fé que lo sentí, porque parecíame que aquel hombre, con su rostro grave, su cuerpo empaquetado, y su peluca, y su apariencia de hombre de buen tono, á la par que terne como el jaque más jaque, y enamorado como un cursante de veterinaria, abonado á las modistas, tenia mucho que observar; pero como yo no dispongo de mi destino y estoy sujeto á un sinnúmero de eventualidades, no tuve más remedio que abandonarle, dejando al mismo tiempo la noble y agradable compañía de mis semejantes,—que al dinero le gusta mucho el dinero. y tiene una tendencia muy pronunciada á estar donde lo hay.

Mi nuevo propietario era un marqués tronado, un marqués con la cabeza llena de aire y el bolsillo lleno de lo mismo, que me recibió con la sonrisa de los tro-

nados, y con toda la indiferencia respecto del dinero propia de las personas que parece que lo tienen y no lo tienen, y con la misma indiferencia entregó, mandó entregar los dos magníficos corceles que tantas veces habian excitado las simpatías de las señoras de alto bordo en la Castellana y en el Prado, y que tantas disensiones habian ocasionado entre una señora que los queria iguales para guiarlos ella,—muy entendida en domar la fogosidad de todo género de animales,— y un marido que los queria ménos fogosos, por ser amigo de la igualdad, y la armonía, y la tranquilidad, y por no estar él ya para fogosidades. Decia, pues, que á poder de aquel jóven, gastado tanto como su dinero, fuí á parar, y no paré mucho en sus manos, porque aquella misma noche quedé prisionero en las de un viejo, muy viejo, que las veía venir de una manera admirable, y era capaz de jugar el reló de la Puerta del Sol, y hacer el amor á la Cibeles. Este viejo era propietario, elector, elegible, pedia un sin-número de garantías para arrendar sus habitaciones, ponía por condiciones á los vecinos que no habian de tener huéspedes, ni animales, ni criaturas, ni podrian mudarse de casa, ni morirse en un año, y se jugaba bonitamente el dinero, miéntras su mujer, alejada de la corte en una aldea, con los pocos recursos que él la enviaba cuando no perdía, dedicaba las horas y los dias y los años á arrepentirse de haberse casado con semejante estafermo. La fortuna le sopló unos dias, y yo no salí de su cartera, pero siempre me llevaba consigo por si acaso; era hermano de no pocas cofradías, y pasaba á los ojos de las personas

que no frecuentaban las casas en que se le encontraba constantemente, por un hombre de bien, y aun habia quien piadosamente atribuia el alejamiento de su mujer á devaneos de esta infeliz, que no habia tenido mas devaneo que el de poner su amor en un ente como su marido.

Una noche mi dueño perdió, y yo fuí á caer en el bolsillo de un jóven de buena presencia, mejor que su traje; al caer en el bolsillo de su pantalon, me estremecí al contacto de un arma que el jóven llevaba consigo, porque como ha dicho Ayala, el dinero es muy cobarde; era un arma de fuego, con la que aquel jóven se hubiese levantado la tapa de los sesos, si yo no hubiera llegado providencialmente en su ayuda. El infeliz estaba amenazado de una escritura de depósito, que firmó para enterrar á su madre, á quien de otro modo hubiera tenido que enterar de limosna, y el dia siguiente debia entregar la suma ó ser acusado de estafa. Cuando supe esta triste historia, que la supe porque él mismo se la contó al usurero que le habia sacado de un conflicto para enredarle en otro, me alegré de haber ido á caer en sus manos, tanto más cuanto que yí jurar y perjurar al jóven que, á no tratarse de su honra comprometida, no hubiera pisado nunca los umbrales de una casa de juego, lo que creo que habrá cumplido, porque varias veces he vuelto á su poder y nunca me ha puesto sobre el tapete verde.

El usurero me prestó el mismo dia, y entónces fué cuando mi valor subió un 100 por 100, porque él me entregó á mí, que valgo 1000, y recibió un recibo que

valia 2000. La persona que me tomó á tan módico interés, pertenecía al bello sexo; era una viuda de muy buen ver por cierto, que lo mismo que si tuviera una fortuna, ó hubiese hecho un gran negocio, empleó una gran parte de mi valor en la perfumería, comprando de todos los cosméticos, polvos, elixires, colores y jabones que ha inventado la charlatanería. Era aquella señora, por lo que pude presumir, una de estas viudas verdes, corretonas y emperegiladas que aun tienen pretensiones de agradar y quieren conservarse en el mismo esplendor y en el propio lujo que en vida de sus esposos, pacientes corderos que, despues de haber hecho la locura de casarse, no pudieron hacer nada más prudente que morirse.

En el cajon del perfumisma, que era francés por más señas, pasé mucho tiempo. Allí tuve ocasion de observar el arte que ejercia aquél apreciable industrial, y ver hacer infinidad de perfumes, aceites, pomadas, esencias, etc., etc., y llenar de todo frascos y cajas, en cuyas etiquetas se ostentaban las armas del imperio, y se encarecia mucho el fraude que se bacía de tan utiles artículos, que no eran legítimos y provechosos mas que siendo procedentes de la casa de París, de donde procedian los continentes de aquel contenido de París, fabricado en Madrid. Aquel perfumisma estaba haciendo un gran capital, porque en Madrid hay mucho aficionado á todas aquellas fruslerías, y mucha vieja que quiere remozarse, y mucho viejo que se tiñe las canas, y muchas mujeres de la vida airada que salen á *perfumar* las aceras de la Carrera de San Gerónimo, y para las cuales el almizcle es una necesidad, y mu-

chos tontos, que les gusta sacar el pañuelo del bolsillo y que huelan á cualquier cosa en tres leguas á la redonda....

De casa del perfumista fuí no se cómo á la de una actriz, que me guardó entre otros compañeros. Allí estuve divertido; la actriz tenía tres hijos y su marido, que era un hombre que no sé si sabía hacer algo, pero que no hacia nada, y tenía muchas visitas del empresario, de los autores, de los abonados, que muchos eran amigos del marido, y éste, que era celoso como un turco, y algo habia de hacer para no estarse sin pensar en nada, rabiaba de celos aparte, sobre todo cuando el empresario, á quien no podia menos de tener cierto respeto y no poca consideracion, venia á honrar su casa. Y cuando se quedaban solos ella y él y los niños, habia allí escenas que hubieran sido en el teatro de mucho más efecto que las en que tomaba parte por la noche la apreciable y distinguida actriz, y ella invocaba el derecho que tenia á hacerle callar, porque al fin ella era la que llevaba el peso de la casa, y él aducia tambien el derecho que tenia á ser obedecido y considerado, porque al fin él era el marido y él quien llevaba el peso de su mujer, que era más grave que el de la casa. Y cuando la actriz se ponía á ensayar una actitud, ó á estudiar un gesto de desden, ó una mirada de amor, ó un arranque de dignidad, uno de los chicos se rompía el alma, cayéndose de una mesa, y otro corria por la sala dando desaforadas voces, á caballo en el baston de su padre, y la niña metía la cabeza por entre los hierros del balcon, y luego se desgañitaba porque no la podia sacar.

He aquí una muestra de las escenas que ocurrían á cada momento en aquella casa:

Ella (*estudiando su papel*):

Considera que soy madre,
que mi hijo es menor de edad,
que es un ángel inocente....

(*Dirigiéndose al hijo que corre á caballo con el baston.*) ¡Maldito! ¡que me mareas! Vete con tu padre.

(*Sigue declamando*).

¡que su padre es muerto ya!...

(*Al chico que se desploma desde la mesa*). ¡Ojalá te abrieras la cabeza! ¡Bribon! ¡No has de escarmentar?

Si al hijo de mis entrañas
no me quieres entregar,
de arrancarte á tí los ojos
y mucho más soy capaz....

(*Estos dos versos últimos los dice á tiempo que entra en la sala el marido, y dirigiéndose furiosa á él, suponiendo, en su entusiasmo artístico, que es aquel su interlocutor en la escena de la comedia*).

El marido.—Mujer, ¿estás loca?

Ella.—Déjame, ¿qué quieres?

El marido.—Que está ahí don Lucas, que viene á ajustarte.

Ella.—¡Ay! que pase. Mira, llévate los chicos.—Vamos, niños, con papá....

Desgraciadamente se acabó el año, y no tuvo ajuste aquella apreciable actriz, y yo salí de mi escondrijo, y fui cambiado por metálico, con pérdida de un 2 por 100 para mi dueña, porque en aquella época habia crisis financiera, y cambiar un billete del Banco era empresa más árdua que tocar el cielo con las manos.

Mi nuevo poseedor era uno de estos que llaman bolsistas en el mundo, y cuya bolsa se llena con la bolsa de los demás, si no es que en una operacion desgraciada el demonio se lleva lo suyo y lo ajeno. Así le sucedió á mi dueño; despues de obtener fabulosas ganancias, y hacer operaciones más felices que las del cirujano M. Nelaton, célebre por haber extraido al amigo Garibaldi la bala de Aspromonte, perdió en solo un dia toda su fortuna, y hubo de vender por consecuencia los magníficos trenes en que su esposa se manifestaba á los desocupados de la Fuente Castellana, y dejar los abonos del Real y la Zarzuela, y se vió en la precision de no dar convites ni conciertos, con lo que logró el infelíz que todos sus amigos le mirasen con cierto desden, los que no con impertinente desprecio ó con burlona lástima. Hasta su mujer comenzó á tratarle con ménos mimo, y á pasar dias enteros encerrada en su cuarto, y á no querer comer, y á sufrir horribles ataques de nervios y largas horas de jaqueca. Resultado: que llegó un dia que mi hombre, —que habia querido volver á probar fortuna, y como ésta le habia vuelto la espalda, no podia alcanzar ni el más pequeño de sus favores,—pensó en la muerte, en desaparecer de un mundo tan agasajador, lisonjero y servil con el rico, y tan orgulloso, tan despóta, tan

cruel y tan fiero con el pobre. Pero tenia amor á su mujer, aunque ésta le pagaba con notoria ingratitud, y la idea de no volverla á ver, le hacía temer la muerte, y querer desechar aquel pensamiento de suicidio, que se habia apoderado de su inteligencia, y no le dejaba un momento, y le halagaba, y le animaba, y le arrastraba, y le cegaba y le volvía loco, que el demonio del suicidio es el que ménos fácilmente suelta su presa, el más tenaz, el más empedernido. Si hubiera tenido la dicha de poseer una esposa amante, cuidadosa, caritativa siquiera, una esposa tan persuadida de sus deberes en la prosperidad como en la desgracia, es seguro que aquel pobre hombre y desdichado marido se hubiera salvado, y tal vez con el poderoso estímulo del amor de su compañera, su inteligencia hubiese hecho prodigios para volver á conquistar la fortuna perdida, y si no la hubiese conquistado, hubiérase podido consolar de su pérdida, y habituarse á pobre, pero tranquila y amorosa vida; pero aquella mujer era de esas de alma fria y corazon egoista, educada en la ociosidad y en la satisfaccion de todos los caprichos, y por padres más esclavos que padres de su hija, y no era fácil que su orgullo se resignase á compartir la miseria del esposo, ni á sufrir las humillaciones que tiene que devorar el pobre, especialmente el pobre que ha sido rico. El mismo dia en que el infeliz marido, despues de un horrible combate con el demonio del suicidio, habia resuelto trabajar dia y noche, sufrir con paciencia la miseria, pedir limosna si era preciso, para su mujer, ésta, vencida sin lucha por el demonio de la vanidad, resolvió ponerse al abrigo de su

madre, que gozaba una regular fortuna, y estaba dispuesta á recibirla,—á ella sola;—y como lo pensó lo hizo la infame, sentenciando de este modo á muerte á mi pobre dueño, que aquella misma noche se levantó la tapa de los sesos. Yo fuí el último dinero, el dinero que habia reservado aquel infeliz para comprar un vestido á su mujer y serví para pagar su entierro. De la tesorería de no sé qué Sacramental, pasé al cajon de un cerero, de uno de esos honrados ciudadanos que viven rodeados de hachas, destinadas á alumbrar muertos, y las venden y las compran luego, y las vuelven á vender, y luego las vuelven á comprar. El apreciable cerero me puso con otros muchos compañeros en la Caja de Depósitos, donde habíamos de garantizar la templanza, el comedimiento, la moralidad y el respeto al Gobierno de un periódico político, del cual era editor, por llenar los requisitos que marcaba la ley del amigo Nocedal, para ser editor responsable. Yo no sé lo que escribirían los redactores de aquel periódico, lo que sé es que al Gobierno debia gustarle extraordinariamente, porque el tal periódico le valió quince mil duros, que poco á poco fueron quedando en su poder, con lo cual el cerero debió darse por satisfecho, porque, segun he sabido despues, reniega del dia en que se le ocurrió emplear su dinero en un diario político, y se atiene desde entónces á las hachas, velas, piernas, brazos y corazones de cera, dichoso con su industria, por más que amargue su tranquilidad el atormentador recuerdo del subido precio á que compró la manifestacion, por boca y pluma de ganso, por supuesto, de sus ideas políticas.

Despues de pasar por muchas manos, unas listas y flexibles, como deben ser las de los ladrones, otras perfumadas, suaves, blandas y aristocráticas, otras callosas y endurecidas, y otras largas y descarnadas, como las de los avaros, fui á dar en las de un hombre muy original, que me guardó cuidadosamente, y vivia en la escasez, y aunque á veces se privaba del sustento, nunca se privaba de mí, nunca me cambiaba; él y yo pasábamos mucho tiempo juntos, encerrados en casa, él trabajando teniéndome á la vista sobre la mesa y contemplándome con afan, con verdadera ánsia, durante horas enteras, y unas veces la esperanza, la satisfaccion, la alegría, la embriaguez se pintaban en su semblante, y otras el desaliento, el espanto, la desesperacion y la muerte.... Y trabajaba cada vez con más ardor, y hablaba solo, y soñaba despierto, y cuando oia ruido se sobresaltaba, y me escondia debajo de un ladrillo, y todo lo que tenia sobre la mesa lo ocultaba precipitadamente.... Era aquel hombre que tan azarosa vida llevaba, un falsificador, que teniendo, como tenia, notable ingenio, pasmoso talento, hubiera podido llegar á una situacion desahogada, sin necesidad de recurrir al crimen, y hubiera llegado mucho más fácilmente á la honradez que al crimen, porque son horribles los sufrimientos, las calenturas, el trabajo, la agonía, los años de vida, en fin, que le costó llegar á imitarme. Un dia, cuando ya habia encontrado medio de fabricar cada semana una enorme cantidad de billetes de Banco, cuando estaba ya á punto de cambiarlos por una enorme cantidad de dinero, cuando ya soñaba opulenta vida en el extranjero con el fru-

to de su crimen, fué encerrado para siempre en un presidio, entre gente soez y miserable, sin talento y sin conciencia. Yo no le acompañé al presidio, que me quedé en Madrid, en poder de un escribano, que algunos dias despues me entregó no sé por qué á una viudita alegre y vivaracha, que no tardó en darme á un jóven apuesto y galan que la visitaba, y no podia ver al escribano, porque le aborrecia de muerte, y ya cuidaba la viuda de que el jóven no encontrara al escribano, ni el escribano al jóven. Este jóven me gastó alegremente en casa de José María, no el famoso ladron á quien Dios haya perdonado, sino el dueño de un magnífico establecimiento, muy frecuentado por jóvenes calaveras, viejos glotonos, y toreros aficionados á boquerones y manzanilla. Allí quedé cautivo, y de allí salió mi dueño limpio de polvo y paja, y tambaleándose y apoyándose en las paredes para no caer, acompañado de varios *amigos* que le ayudaban á tirar el dinero, y no le abandonaban jamás en la ociosidad y en los vicios, que constituian la ocupacion constante de aquel desdichado. Algun tiempo estuve en aquella casa, y no pensaba mi dueño deshacerse de mí, cuando una noche, en ocasion en que habia dejado involuntariamente el mostrador para ir á la cocina á activar el aderezo de un besugo, que pedian con desaforadas voces y notoria impaciencia tres ó cuatro parroquianos, grandes tahures que acababan de hacer su agosto en diciembre en la partida del *Tuerto*, entró un hombre en la tienda, y con sorprendente ligereza abrió el cajon, cogió un puñado de monedas y un paquete, en el cual iba yo, y salió

á escape, á tiempo que el mismísimo dueño de aquella casa salia de la cocina con el besugo en la besuguera, y la besuguera en la mano, deseoso de servir él mismo á aquellos cuatro jugadores, que eran de los mas asíduos y constantes favorecedores de su establecimiento. Poco debió agradarle mi ausencia, pero mientras él echaria sapos y culebras por aquella boca, yo iba fuertemente sujeto con mis compañeros de infortunio entre los dedos de mi nuevo poseedor, que era un ladron, aunque él tenia toda la apariencia de un caballero. El y yo dimos en una especie de ventorrillo, extramuros de la Puerta de Toledo, donde á las altas horas de la noche se reunia una escogida sociedad de industriales, rateros, tomadores del dos. gitanos, ropavejeros y mozas de rompe y rasga, que con la mayor formalidad daban cuenta de sus hechos, publicaban los nombres de los compañeros que habian caido en poder de la justicia, exponian las averiguaciones que tenian hechas respecto de la fortuna de ciertas personas, condenadas por la sociedad á ser desposeidas de todo lo que se les pudiera hallar en su casa, se leia la lista de las criadas inscritas como agentes de la sociedad, y las señas y circunstancias de las personas en cuyas casas se habian acomodado, y se repartia amistosamente, cuando no á navajazo limpio, el importe total de los despojos hechos durante el dia por los individuos de aquella respetable corporacion.

La suerte me dió á un hombre ya viejo, comerciante en perros de todas clases, relojes de toda procedencia y cigarros de contrabando, concurrente así-

duo á las novenas y á todo género de funciones religiosas, cívicas, militares y políticas, por pura devoción al bolsillo del prójimo. Cuidábase poco aquel apreciable industrial de las grandezas humanas; vestíase por tributar el acostumbrado culto á la decencia, pero se le veía siempre remendado, y muchas veces roto, sin que por eso tuviera él peor idea de sí mismo ni le importase un ardite la opinión de los demás acerca de su filosofía, y sus pantalones remendados, y su camisa hecha girones á consecuencia quizá de lucha singular sostenida contra los agentes de la autoridad; y después de hacer notar estas cualidades, no se extrañará que mi hombre me perdiera por haberme colocado en un bolsillo roto de su chaqueta, del cual me escurri bonitamente, contento de verme fuera del poder de aquel ciudadano; caí en el suelo y él siguió andando tan tranquilo, bien ajeno de la sensible pérdida que acababa de experimentar. No estuve mucho tiempo en el suelo, porque una, que parecía buena mujer, y que lo era en efecto, me recogió con otros siete compañeros míos, de igual valor que yo, que habían seguido mi ejemplo y abandonado el descosido bolsillo de aquel tomador de todo lo que no le daban; nos miró con asombro la pobre mujer, y condoliéndose del infeliz á quien pertenecíamos, y preguntando á todas las personas que encontraba si habían perdido algo, llegamos á una casa de miserable aspecto, y á una habitación estrecha, alta, fría, en la que cosía con afán una jóven bella, modesta, triste y pálida, que era hija de aquella señora, viuda que, según supe, tenía cuatro rea-

les diarios de pension; dió cuenta del hallazgo á su hija, que ni siquiera nos miró, ni ví en sus ojos la más ligera sombra de codicia y alegría; doliéronse madre é hija de la mala suerte del desdichado que habia perdido aquella cantidad, y cuando estaban haciendo desconsoladoras reflexiones acerca de la poca equidad con que la fortuna reparte sus favores, entró en la mísera estancia un jóven robusto y galan, casi llorando, que aquel mismo dia habia tenido la suerte de caer soldado, peligro que ignoraban su madre y su hermana, á quienes nada habia querido decir hasta el último momento. La desesperacion más horrible se apoderó de las dos mujeres al saber aquella noticia, y en vano procuraba consolarlas el quinto. Aquel pobre jóven no tenia medio alguno de evitar la inmensa desgracia que caia, más que sobre él, sobre las prendas queridas de su corazon.... Y allí habia 8,000 reales que la madre habia encontrado en la calle, precisamente la cantidad con que su hijo podia quedarse á su lado, y ni ellas ni él, cuando tuvo noticia del hallazgo, pensaron que podian disponer de los billetes de Banco, cuando ningun mal podia resultarles, y nadie se les quejaria. Lo único que resolvieron acerca de los billetes, fué leer durante unos dias el *Diario de avisos*, por si la persona que los habia perdido anunciaba las señas de su casa. Y, en efecto, dos dias despues el *Diario*, expresando el sitio en que se habian extraviado, la cantidad que representaban los billetes, y ofreciendo un buen hallazgo y encareciendo la caridad de la persona que los hubiese encontrado en favor de un *infelz* que no

tenia otra fortuna para su vejez, daba las señas de la casa donde se esperaba la devolucion. Aquellos tres desdichados séres, ya que no tenian alegrías propias, quisieron regocijarse una vez, siquiera con la alegría ajena, y los tres fueron á entregar los 8,000 reales al industrial de que ya tienen VV. noticia, que los recibió llorando y les despidió riendo, asegurándoles su agradecimiento y demostrándoselo con una moneda de 100 rs., que el presunto soldado tomó para no humillar á aquel miserable, y que se aplicó á cinco misas por el alma de su padre, hombre honrado que, si no habia podido dejar á su familia bienes de fortuna, la habia dado con su ejemplo y sus lecciones una fortaleza inquebrantable de alma y una hidalguía de sentimientos, de más valor á los ojos de Dios que todas las fortunas del mundo. Mucho sentí verme en poder de aquel mal hombre, y me causó gran satisfaccion que, pasado algun tiempo, fuí secuestrado por la autoridad, que se apoderó de mi dueño, que probablemente estará ahora extinguiendo su condena en algun presidio, y pasando de uno en otro, continué mi peregrinacion por el mundo, haciendo beneficios algunas veces, y siendo otras causa, pretexto y cómplice de picardías. Con mi ayuda se hicieron horribles comercios, espantosas ventas y desgracias sin cuento; fuí base de algunas fortunas, aunque tan exígua es la cantidad que represento, y no pocas veces fuí origen de la perdicion de algunos séres nacidos con valor para todo, ménos para el dinero, que se humillan ante el dinero, y éste los atrae como el iman al acero. ¿Y dónde vine á parar?... Donde ménos podia figurarme; pero la Provi-

dencia es tambien justa con el dinero, cuando el dinero se ha conducido bien alguna vez en su vida.—Vine á dar en las honradas manos del hijo que cayó soldado el mismo dia que su madre encontró 8,000 reales en billetes de Banco; ya era teniente, y me recibió con notoria alegría, porque yo estaba destinado á constituir el dote de su hermana, que se casó de allí á poco tiempo. Y tan honrado, tan económico era este matrimonio, que siendo pobre y no fiando su fortuna mas que en el trabajo, muchas veces me he visto acompañado de otros billetes; y como si conociera la pobre muchacha que pertenecia yo á aquel dinero que el demonio le presentó á su madre para perderla, para hacerla cometer una falta, no se desprende nunca de mí este honrado matrimonio; y si alguna vez el marido me ha querido cambiar,—que al fin él ninguna consideracion tiene que guardarme,—lo ha intentado siempre cuando no hay cambio de un billete por un ojo de la cara.—¡Ojalá me conserve siempre esta familia, que vive tan honrada y tan tranquila!...

SABER VIVIR.

Decir de D. Fulano que *sabe vivir*, no sé si es un elogio ó una severa censura de D. Fulano.

Es D. Fulano, por ejemplo, un hombre que sin servicios y con muchos menos méritos, logra empleos en todas las situaciones, con lo que la suya es muy desahogada, y tiene por divisa,—como si dijéramos por moña,—aquel sabido dicho vulgar: *Dame pan y dime tonto*.

Pues de este hombre se dice que *sabe vivir*.

Es D. Zutano un hombre muy arregladito, que no gasta ni un ochavo más de lo estrictamente preciso; que no presta á un amigo un duro, porque dice que perdería el amigo y el duro, y éste es el que sentiría perder; que no se ha casado porque no le coma la mujer un lado, y temiendo la ingratitud de los hijos; que cuando va al café ó al teatro, procura siempre que sea á costa del prójimo, y si no es así no va; que busca,



SABER VIVIR.

69

inquiére, averigua y brujulea dónde hay ropa hecha mejor y más barata, y no se expone á coger una pulmonía por nada en este mundo, y por nadie es capaz de salir cuando hace calor, y tiene un amigo médico que le cure de balde si cae enfermo; que hace, si á mano viene, el amor á la patrona, y hasta le da esperanzas, que es lo único de que se desprende, con el solo fin de que le ponga algun que otro principio extraordinario, y le eche algun que otro choricillo en el cocido, y le reserve el gabinetito empapelado que da á la calle, y procure sacar del bolsillo de los otros huéspedes los intereses que pierde con tenerle á él en el susodicho gabinete que da á la calle, por ménos de lo que pagan los otros huéspedes que están en gabinetes que dan á un patio estrecho, por donde no pasan mas que las criadas que bajan por agua al pozo, es decir, del pozo, y las que salen á las ventanas á tender las camisas de once varas de mujer, y los pañales de los infantes, y los calzoncillos remendados de los señores y los señoritos, y las enaguas huecas y almidonadas de las señoras y las señoritas.

Pues tambien de D. Zutano se dice que sabe vivir.

D. Mengano es un señor muy servicial, que le pide V. dinero y se lo da,—al 50 por 100, eso sí, pero otros hay que lo dan al 100 por 100, y otros que no lo dan ni por un ojo de la cara;—que tiene muchísimos vicios en realidad, y todas las virtudes en apariencia; que da todos los sábados veinte ochavos roñosos á veinte pobres, y se los da públicamente para que todo el mundo lo vea y le admire, y al pobre que va á

pedirle una peseta para comer, no se la da si no le deja en garantía del pago una prenda que valga por lo ménos cinco pesetas, prenda con la que se queda probablemente; que pondera y encarece el cariño que profesa á su mujer, y allá en su casa hace pasar á la pobrecita una vida de perros, y la abrumba á denuestos é injurias, y escatima el pan á los criados, si los tiene, y aun alguna vez intentó hacer el amor ¡y qué amor! á alguna viuda menesterosa de las que acuden á su *caridad* en demanda de una ó dos paguitas adelantadas; que es un hombre, en fin, nacido para abusar de los demás hombres, y para desesperar al de más calma y temor de Dios; que tiene por norma constante aquel egoísta repugnante consejo: *Al projimo contra una esquina*.

Pues D. Mengano, en opinion del mundo, es un hombre que *sabe vivir*.

Es inútil presentar otros ejemplos de los hombres que *saben vivir*, para que el lector se persuada de que el que *sabe vivir* es un avaro, ó un egoísta, ó un adulator, un hombre que quiere á todo trance vivir mejor que los demás, aunque sea á costa de los demás, y con menoscabo de su propia dignidad.

El hombre que se está metido en su casa, y no adula al poderoso, y no intriga y mueve cielo y tierra para que le den un empleillo, y vive de su trabajo constante.... ese no *sabe vivir*.... es un hombre vulgar en quien apénas se repara, y su laboriosidad y su constancia no excitan la admiracion ni logran el aplauso general; el que no le mira con indiferencia, le mira con lástima, porque no *sabe vivir*.

El hombre generoso que se desvive por servir á sus amigos, por más que siembre beneficios para recoger ingratitudes, que se duele de las desgracias del prójimo, y acude á su remedio, y de los favores que dispensa no hace ostentacion, sino que los calla como quien hace una cosa que no tiene mérito alguno, y que cualquiera es capaz de hacer; que se expone á todo género de incomodidades y molestias por el amigo ó el pariente que le necesitan; que no desconfia de nadie, y cree que todos son como él, y no se persuade de lo contrario, por más que le podrían aleccionar perfectísimamente los desengaños que recibe.... ese no *sabe vivir*.

Es desconsolador que hayamos venido al extremo de dar la borla de doctor en la ciencia de la vida al mortal que no se emplea en provecho de sus semejantes ni en beneficio del país, y no tiene otra aspiracion que vivir bien, materialmente bien, con todas las comodidades y alimentos que le pide el cuerpo, y prescindiendo del alimento del alma, que es la caridad.

No puede negarse al egoismo el privilegio de invencion de esa ciencia que se llama *saber vivir*, y que tan fácil y tan difícil es aprender, porque para *saber vivir* se necesita tener un carácter y unas ideas que, para hacer justicia al mundo, hay que confesar que no todos los hombres tienen, porque si todos los hombres se echasen á vivir, es decir, á *saber vivir*, de la manera que esta frase se entiende, seria cosa de no saber cómo vivir en el mundo, y los hombres se harian guerra sin tregua y mucho más mortal de la que hoy se hacen, que tambien es preciso confesar que no es floja.

SUBIR.

Este es, lector amigo, el verbo del siglo XIX.

Todo sube, los hombres y las casas, las pretensiones de los mortales y los artículos de primera necesidad, sin los cuales los mortales son muertos.

Mi criada sube todos los días la escalera de mi casa, cuando vuelve de la compra, con la noticia de una subida.

—Señorito, los garbanzos se han subido.

—¡Hola! ¿A dónde?....

—A veinte cuartos.

—Señorito, la verdura ha subido.

—¡Ya! para estar á la altura de los garbanzos.

—Señorito, el aguador no sube el agua, si no le sube V. dos reales más al mes.

—Señorito, desde mañana se sube el tocino.

Estas subidas merecen llamar la atención de los que tienen casa.

Dentro de poco vamos á tener que vivir todos en los sotabancos, para alcanzar las cosas que suben.

El porvenir está en las alturas.

Por eso queremos subir todos, por eso nos encaramos los unos sobre los otros, y estamos constantemente tirando piedras al tejado del vecino, á ver si el vecino no sube al tejado.

Los propietarios, por su parte, suben las casas, las suben hasta una altura prodigiosa, y el mejor dia las van á colgar del firmamento.

El algodón sube, porque hay guerra en una parte; la seda sube, porque hay paz en otra; el hilo sube, para que por él no se pueda sacar el ovillo; la lana sube, porque no queremos dejarnos trasquilar, y para vivir en el mundo se necesita tener unos brazos largos, largos, que á to las partes lleguen, y unos dedos finos, flexibles, interminables, hechos á manera de ganchos, que á todo se agarren y todo lo agarren.

El que anda á pié quiere subir al coche, y no al pescante ó á la trasera, que son los sitios que en el coche debieran ocupar algunos que por ahí andan en coche: el auxiliar quiere subir á oficial, el oficial á director, el director á ministro y el ministro á Júpiter Capitolino.

Para subir se usaba en lo antiguo una escalera; hoy se usan la desvergüenza, el descaro, la amenaza, la adulacion, la lisonja; estas son otras tantas escaleras, que conducen á la holgura y á la abundancia.

El gas ha dejado abajo á los que ántes subian honradamente todos los dias, á los serenos.

Desde abajo se da luz ahora á los faroles, como

desde el cieno de sus vicios y de su desfachatez y de su descaro se da luz hoy á muchísimos hombres, que cuando están solos con su pequeñez deben asombrarse de lo que suben.

Y vean VV. una de tantas contradicciones modernas; el bajo es hoy el que llega más alto.

¿Y nos extrañamos de que suba el aceite?... El aceite por lo ménos, siempre, en todo tiempo, ha quedado encima.

Lo extraño es que suba el carbon, condenado á estar siempre debajo, en la carbonera, ó cuando más, en el fogon, debajo de los pucheros.

¡Que suben las casas!... ¡Pues no han de subir!... como que si no subieran se quedarían debajo de los vecinos, que todos, excepto los que ni suben ni bajan,—que son las víctimas de los que suben,—están deseando subir, y subir, aunque caigan luego un batacazo.

—¡Cómo ha subido Fulano!—Esto se oye hoy todos los dias, porque en efecto, hay muchos Fulanos, que los hemos conocido ciruelos, y los vemos en candelero sin saber cómo ni cuándo, sin que se les conozcan méritos, ni talentos, ni servicios.

Pues si así suben los que nada valen, los que ninguna utilidad dan al país, que para nada los necesita, ¿cómo extrañamos que suban los garbanzos, las verduras, el aceite y otros mil artículos de consumo, que son de notoria utilidad?...

El que se queda debajo es el que sufre las consecuencias de todas estas subidas, y el que se queda debajo es el pobre, el trabajador, el menestral, que quiere tomar un cuartito pequeñito, con una pieza que

sirva de sala, alcoba y comedor y cocina, y cuando lo va á tomar, se lo suben, ó se lo suben despues que lo ha tomado, para que le sea más difícil bajar, y cuando su mujer va á comprar garbanzos, se los suben también y no los puede alcanzar, y dentro de poco estará constantemente mirando al cielo para cobrar esperanzas, y para tener siquiera el consuelo de ver los cuartos, los garbanzos, el aceite, la ropa, todo lo que necesita, subiendo, subiendo y sosteniéndose luego en el aire.

Mi criada me da ahora mismo la noticia de que los garbanzos van á subir á tres reales, y, ¿saben VV. por qué?... porque la piedra los ha destruido este año....

No sin razon ha enviado la Providencia piedra sobre los garbanzos.... Por nuestros desaciertos, por nuestros vicios, la Providencia ha querido castigarnos, y nos ha herido en lo que más queremos los españoles, en los garbanzos. También hay entre nosotros quienes los desprecian, quienes hacen necio alarde de no comer los garbanzos, de no poder resistirlos, de preferir la cocina francesa con sus *solferinos*, y sus *magentas*, y sus *mejicanos*, y su infinidad de guisotes raros y extravagantes, á la cocina grave, formal y sana española....

Por supuesto, que para el que sube todos tenemos lisonjas, y plácemes, y música celestial, así como para el que baja no tenemos ni siquiera una palabra de consuelo.

Cuando sube un ministerio, ¡qué de esperanzas! ¡qué de felicitaciones! ¡qué de adulaciones! ¡qué pedir! ¡qué oler! ¡qué rastrear!....

Y cuando baja, ¡qué groseros insultos! ¡qué inju-

riosos epitafios! ¡qué abandono tan completo! ¡qué soledad tan triste!...

¡Subamos, pues!... si los garbanzos suben á veinte cuartos, y á tres reales, subamos nosotros á cien mil piés sobre el nivel de los hombres vulgares, de los hombres que viven de su trabajo, y no de la intriga, ni del escandalo, ni del vicio, ni de la humillacion.

¡Arriba!... Todo el mundo sube, cada quisque tiene un globo, que en lugar de llenarlo con humo de paja, lo llena con los humos de la desvergüenza, de la ambicion, de la envidia y de la osadía....

Como el mundo es otro globo, y está lleno de todos estos humos, y de muchísimos humores, el mejor dia volará el mundo entero.... Lástima es que no quedará sitio desde donde pueda verse esta ascension.

¡Y el señor Dombon y otros varios se han propuesto dar direccion á los globos, cuando este problema está resuelto tiempo hace!....

Cada hombre tiene una cabeza,—y este es un globo, lleno de humos,—y sabe Dios adónde y á qué va.— Algunas veces, si la cabeza está demasiado hueca, si le falta alguno de los humos necesarios, el hombre tiene poca resolucion y da el hombre precisamente en el lugar que no le conviene, ó se estrella; pero el que sabe manejarse bien, el que tiene tino para soltar los humos ó para tomar más, el que se lanza sin miedo, llega y se sostiene, y se agarra, y se pega, y nadie le apea de los cuernos de la luna.... y por más que suban las casas, y los garbanzos, y todo lo que se paga en este mundo, él sube más que todo, y todo lo alcanza por consiguiente.

Los que están preocupados con su trabajo, con su familia, con su conciencia y con otras virtudes que estorban á los hombres-globos—ó glóbulos,—esos no suben, esos no pueden llenarse de humos la cabeza, esos se quedan en tierra, y para esos es para los que suben las casas, y los garbanzos, y el jabon, y el algodón, y todo... esos son los que pagan, y pagan, y pagan y no pueden vivir, y *ainda mais*, los que miran y no ven, y los que se ahogan en esta atmósfera en que se sostiene lá pesadumbre de los humos de tanto hombre-globo.

LA RISA Y EL LLANTO.

La risa es una gran cosa, un gran consuelo.

La naturaleza sábia, ó la sábia naturaleza,—que así suena mejor,—nos ha dado esta compensacion, que bien la merecemos los mortales, sujetos á tantos males, á tan crueles desengaños y á tan espantosas miserias.

El llanto y la risa, he aquí compendiada la vida humana. No sé si sucederia lo mismo en los tiempos primitivos, pero lo que es hoy, el llanto apenas se aplica á los males propios, y la risa se aplica siempre á los del prójimo.

Para las almas buenas, el llanto suele ser tambien un consuelo, y precisamente este llanto que consuela en medio de sus dolores á quien lo vierte, este llanto es el que más excita la risa del prójimo.

Y por esto el llanto se oculta, se disimula, se avergüenza, y los que lloran, lloran solos donde nadie los

vea, sin contárselo á nadie, porque es el dolor de los dolores llorar delante de la indiferencia y del sarcasmo.

Parece como que las fuentes del sentimiento y de la pena se han secado, y en efecto, se han secado en los ojos, pero rebosan en el corazón.... y como no hallan salida nos ahogan, y como nos ahogan nos hacen abrir desmesuradamente la boca, y nos reimos, nos reimos para respirar....

El llanto se ha convertido en risa.

Ya no se rie medio mundo del otro medio; ahora se rie el mundo entero de sí mismo.

No hay desdicha, por espantosa que sea, que no se preste á un chiste.

Es una impiedad el chiste que se dice en ocasiones tristes y dolorosas, pero el chiste se dice, porque hoy lo primero que ha de saberse decir es un chiste.

¿No han oído VV. alguna vez á un inocente, á un ángel de Dios, que apenas ha entrado en el mundo, balbuciar una desvergüenza, que quizá le ha enseñado á decir su mismo padre?...

¿No han visto VV. reirse al padre y á la madre con el chiste de su hijo?...

Algun reo de muerte se ha hecho célebre por una oportunidad, por un chiste impío que acertó á decir en los momentos en que la muerte se adelantaba á cerrarle la boca.

«Quien bien te quiera te hará llorar,» es un antiguo axioma que,—lo mismo que el pantalon de un niño no le sirve á un hombre,—le viene ya estrecho al mundo.

«Quien bien me quiera me hará reir,» es lo que dice hoy todo el mundo.

Caen los gobiernos: risa general.

Suben otros: estrepitosa carcajada.

Un marido es desgraciado, porque su mujer no es como Dios manda: pues nos reiremos de él.

Un pobre hombre, olvidado un momento de Dios, porque el mundo le ha maltratado y se ha reído de él, se rie á su vez de su destino y se sustrae al destino, levantándose la tapa de los sesos: risa general.

Un hombre que truena, quiebra y baja de las regiones de la banca al banco de la vergüenza.... ¡qué risa!

—Ya no se dará tono.

—Ya no nos insultará su mujer con su lujo.

—Ya no nos llevará á su casa á darnos dentera con la suntuosidad de sus salones, y la riqueza y profusion de su mesa, y la córte de aduladores que le rodeaba.

—Ya está tronado, ya no se reirá de nosotros. Riámonos de él.

—Fulana se ha quedado viuda, tan jóven y tan bonita y con tanto dinero.... Vamos á consolarla, á hacerla reir, á ver á quién de nosotros prefiere,—¡Llora todavía la pérdida de su marido?.... ¡Qué risa!... Será porque cuando llora está más bonita.... ¡Vamos á hacerla reir!...

Dan un destino á Fulano: pues á reirnos de él, ya que no nos den el destino que él ha logrado.

Se lo quitan: pues riámonos también de él, y preparémonos á reirnos de su sucesor.

Un hombre que trabajó como un negro, ha muerto dejando una gran fortuna, que sus herederos derrochan en vicios y escándalos.—Riámonos de ese hombre que no supo prever que sus herederos habian de ser unos desmanotados.

Se muere un hombre honrado, laborioso é inteligente, en la miseria más espantosa.—¡Qué tonto! No hemos de llorar en presencia de este ejemplo de la ingratitud del mundo; lo que hemos de hacer es reirnos de aquel pobre, que no supo echárselo á la espalda y hacer su negocio.

Doña Fulana es mnjer bella, muy bella y muy honrada; primero que hacer traicion á su marido, se arrancaria los ojos para no ver el mundo; pues persigámosla, si nos habla del deber y de la lealtad, riámonos de estas dos palabras y de lo que expresan; y si nos humilla, si nos desprecia, murmuremos de ella, que algunos nos creerán, y riámonos y hagamos que los demás se rian de ella.

Esta es la lógica moderna; la envidia, el odio, la mala fé, la ignorancia, se manifiestan hoy con la risa.

La risa no pasa de los dientes, es verdad, y hombre hay que se rie y sufre tanto como si buitres le estuvieran royendo las entrañas.

Los periodistas se rien de las noticias que inventan, las sociedades de crédito se rien del crédito de las sociedades, los que piden se rien de los que dan, los deudores de mala fé se rien de los acreedores, los Bufos madrileños se rien del arte, el público se rie, no con los Bufos, sino de los Bufos, y hasta los leones del correo se rien de los que les encajan por la boca sus

deseos y sus esperanzas, sus odios y sus ilusiones, sus vicios y sus virtudes, sus amenazas y sus súplicas, sus debilidades, sus flaquezas y sus humillaciones....

El llanto, este supremo consuelo del desdichado y del abandonado de los hombres,—que de Dios nadie está abandonado,—este alimento del pobre se oculta ya como una acción vergonzosa, como un género de contrabando.

Verdad es que en una sociedad donde todos rien, uno que llora hace tristísima figura.

¿No han oído VV. decir á alguna madre que oía llorar á su hijo:—«Lo que este necesita es un par de azotes?»

He aquí cómo desde niños se nos quiere hacer entender que el llanto merece castigo, el castigo de que los que rien no hagan caso del pobrete que llora.

¿No han oído VV. á muchos hombres decir, como si dijeran alguna gran cosa:—«Yo no he llorado en mi vida?...»

¡Y puede que alguno de esos hombres fuertes haya visto morir á su madre!...

El consuelo que más se prodiga al desdichado que llora la pérdida de su madre, ó la ingratitud de su hijo, es este:—«Vamos, no llore V.; con eso nada se adelanta....»

Y en efecto, ¿qué se adelanta con llorar?

Exponerse á pasar por hipócrita en esta sociedad descreída é indiferente....

Y sin embargo, ¡cuántas lágrimas oculta esa superficie de riqueza, de vanidad y de despreocupa-

cion en que vivimos!... ¡Cuántas lágrimas de despecho y envidia, de vergüenza y desencanto!...

La risa suele ser la mentira, y el llanto es la verdad.

He aquí por qué el llanto se oculta y se disimula.

El día que todos los que en Madrid tienen por qué llorar, diesen libre curso al llanto, sería curioso ver á los transeúntes.... Noventa y nueve de cada cien correrian por esas calles de Dios con el pañuelo empapado en lágrimas....

Valle de lágrimas es el mundo, y como la sociedad moderna tiene la costumbre de la mentira, y en ella no se conoce nada por su verdadero nombre, ya que no puede evitar que el mundo sea valle de lágrimas, quiere ocultar las lágrimas, quiere hacer que las lágrimas no salgan á la superficie....

Las lágrimas de los unos fertilizan el camino que recorren los que no lloran, camino bonito, pintoresco, pero poco seguro, como que está sobre una base de lágrimas, y el que en él se descuida y cae, en las lágrimas se ahoga.

Riámonos, y siga la danza, y adelante con los faroles.

¡A fé que el que no se rie en este mundo, no es hombre de gusto!...

En este Madrid, por ejemplo, hay que estar siempre con la boca abierta, hay que reirse ó que rabiarse.



LA FERIA.

La feria es una especie de juicio final sin trompeta; es la resurreccion de los objetos, de los recuerdos, de los estorbos, de los trastos....

¡Cuánto trasto viejo hay en Madrid!

Verdad es que hay casi casi más trastos jóvenes, que no sabemos si son todavía peores que aquellos.

¡Cuántas chinches hay en la feria! pero no tantas como en otra feria, que ya saben VV. cuál es.

En Madrid, cuando se trata de ciertas cosas, suele ser siempre más el ruido que las nueces; en la feria las nueces son mas que el ruido.

La feria es sumamente provechosa bajo el punto de vista filosófico y de la enseñanza.

No se dan seis pasos en ella sín hallar una ocasion de pensar en lo deneznable y perecedero de la humanidad, y curiosas, caprichosas, espantosas y oportunas analogías.

Compra V. avellanas, parte V. una, dos, tres, cin-

co, seis, siete, ocho, y todas vanas, ninguna tiene mas que la cáscara.... Inmediatamente, por pooo filósofo y versado en la historia que V. sea, exclama:—He aquí el estado de las cabezas de los hombres, cuando estos llegan á las alturas,—no crea el lector que estas alturas son en las que se canta *Gloria á Dios*.

Se acerca V. á un puesto de libros, y allí encuentra V. la misma confusion, el propio desórden, los mismísimos contrastes que halla en el mundo.—Allí ve V. las obras de Juan Jacobo al lado del *Kempis*, el *Kempis* junto al *Baroncito de Foblas*, *El Tigre del Maestrazgo* envuelto en la *Vida de Espartero*, la *Vida de Cristina de Suecia* junto á la de Santa Teresa de Jesus, el retrato de un ministro sobre el de una bailarina del teatro Real, etc., etc.

Llega V. á un puesto de juguetes, y se detiene para contemplarse en ellos como en un espejo, porque, bien mirado, ¿qué somos en el mundo los hombres sino juguetes de la fortuna, de las mujeres y de los mismos hombres?...

El empleado es juguete de los gobiernos, que le quitan, que le ponen, que le llevan, que le traen.

El sastre es juguete del parroquiano mal pagador, que le entretiene, que le huye, que le sortea, que le hace ir y volver; y el parroquiano es juguete del sastre, que le escatima el paño, que le engaña, que le hace aceptar la moda que se le antoja, y le convierte en un maniquí.

La mujer, la mujer es juguete del hombre, y el hombre es juguete de la mujer, cuando ésta se cansa de serlo ella y toma la revancha.

Allí, en el puesto de juguetes y estampas, ve V. otros contrastes, en los que el observador halla analogías curiosísimas.

Una casita de monja con la monja, que tiene su gato, que está hilando,—no el gato, la monja,—hilando muy delgado; delante de la casa de la monja un bolero viejo de barro deleznable, y un esquilador que pela á un burro, con perdon sea dicho, y mas allá un baile de gitanos, y luego un tío que toca el organillo, y despues otro que toca el clarinete, y otro que toca el violon, y una vieja que se busca las pulgas, y una multitud abigarrada en la que los santos tienen por vecinos á los demonios, y en la que hay muñecos de todo género para que entre ellos puedan elegir los aficionados.

Allí hay muñecas desnudas para las pobres, y muñecas ricamente vestidas para las niñas á quienes pueden dar los cariñosos padres todos los gustos y todos los caprichos.

¡Pobres muñecas! ¡Destinadas están á perder su belleza y su apostura, olvidadas en algun rincon de la guardilla, á ser sacrificadas á los muñecos que las reemplazan en el corazon de las niñas!

¡Cuánto lloran las niñas por una muñeca! pero ¡cuánto más tienen que llorar por un muñeco!...

Allí se ven sables de hoja de lata, carabinas que, como la de Ambrosio, se cargan con cañamones, mochilas, cartucheras, todo género de arreos militares, trenes de artillería y hasta regimientos enteros de soldados de plomo.

Jugar á la guerra les gusta extraordinariamente á

los chicos; es que adivinan que en siendo hombres se la harán unos á otros.

Allí se ven columpios, muñecos que bajan y suben y dan volteretas, ni mas ni ménos que los muñecos con levita y sombrero que, llenos de osadía y de ignorancia, viven sobre este país, tan fuerte y sufrido, que no se hunde bajo la pesadumbre de tantos como sobre él están.

Se acerca V. á los puestos de muebles viejos, y en ellos es donde más hay que ver y que reir.

Allí encuentra alguna beldad del año 8 la cornucopia que retrataba su peregrino rostro, allí encuentra acaso el retrato del guardia que fué su primer amor, y ¿quién sabe si aquel vejete que está detrás de ella, contemplando el retrato, y como diciendo:—«Yo conozco á ese hombre,» es el original de aquel cuadro, descolorido, feo, picado de la polilla?...

Allí está el venerable confidente de paja que tan buena figura hizo en la sala de un clérigo, y luego en la de una comadre, y despues en la de un covachuelo, y despues en el comedor de una cómica, y más tarde en el recibimiento de una casa de juego, y por último, en uno de los puestos de agua que en el Prado se ven durante el verano.... Es un confidente, que si hablara podría contar historias de todo género para llenar mil tomos; conoce á todos los prenderos de Madrid, y entre ellos hay quien lo ha comprado y lo ha vendido veinte ó treinta veces.

Allí está completa la batería de cocina de una familia que se quedó sin comer, y para comer un dia ó dos la vendió, y comió un dia ó dos sin tener en qué comer.

Allí hay una cuna verde descolorida, muy avergonzada, que fué lo último que vendió una pobre madre para poder comer, no por ella, sino por su hijo que ocupaba la cuna, y ganó mucho perdiendola, porque, ¿qué mejor y más blanda cuna para un hijo que los amantes brazos de su madre?

Este hijo habrá pasado mil veces al lado de la cuna, sin poderse figurar que habia sido la de los primeros días de su infancia.

Allí hay un sillón antiguo, muy antiguo, de baqueta, claveteado, tosco, sombrío, de forma grave, en el que acaso se habrá sentado á meditar sobre la ciencia algun grande hombre, ó á tramar un crimen algun malvado, ó á disponer de la vida de miles de hombres algun gobernante....

Allí se ve una mesa con muchos cajones, con muchos secretos que sirvió á algun avaro, y despues ha pasado por muchos dueños, por muchos prenderos, y ha ido á parar en la feria, donde se la llevará tal vez un curioso, á quien la casualidad descubrirá el más recóndito secreto del mueble, el secreto que en muchos años de buscar secretos no han podido hallar sus diversos poseedores, y acaso ese secreto sea la deshonra de una familia, la bastardía de algun personaje, ¿ó quién sabe si será una cuenta del gasto hecho en la compra de calzones cortos, espadines, vuelos y encajes, y sombreros con su funda de hule?..

Cada mueble, cada libro, cada cosa de las que salen á la feria tiene su historia, larga, cómica y trágica, honrosa ó vergonzosa.



INOCENTES.

Todos lo somos.

Desde el más bajo al más alto, desde el más rico al más pobre, desde el más listo y talentudo al más tonto y zote, los nacidos somos un puñado de inocentes, que damos una en la herradura y ciento en la misma, y no sabríamos dónde nos aprietan los zapatos si no los lleváramos en los piés.

¿Me quieren VV. hacer el favor de decir qué es lo que hemos adelantado los hombres desde la degollación de los Inocentes hasta la fecha?...

Lo que hemos logrado es ser cada vez más inocentes y bonachones.

Y es claro, Adan, nuestro dignísimo padre, fué un bobalicon, y sus hijos no le vamos en zaga.—Como dijo el otro, de casta le viene al galgo ser rabilargo.

Tarea superior á nuestras fuerzas y á nuestra inocencia sería hacer una especie de revista retrospectiva de las inocentadas que los hombres han hecho desde